

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID  
FACULTAD DE FILOSOFÍA

---

MÁSTER UNIVERSITARIO EN EPISTEMOLOGÍA DE LAS  
CIENCIAS NATURALES Y SOCIALES

Trabajo de Investigación

La relatividad lingüística en el  
contexto de la filosofía de W. V.  
Quine

Carlota GARCÍA LLORENTE

[carlot26@ucm.es](mailto:carlot26@ucm.es)

TUTOR: Prof. Dr. Luis Fernández Moreno

Madrid, septiembre de 2020

## Índice

1. Introducción .....	3
2. Presentación de algunas nociones fundamentales de la filosofía de W. V. Quine .....	4
2.1. Significado .....	4
2.2. Externismo/internismo semántico .....	6
2.3. Conductismo .....	7
2.4. Naturalismo .....	8
2.5. Fisicalismo .....	9
2.6. Holismo .....	10
3. Tesis principales de la filosofía de W. V. Quine .....	11
3.1. Argumento desde abajo: La indeterminación de la traducción .....	14
3.2. La inescrutabilidad de la referencia .....	17
3.3. La relatividad ontológica .....	19
3.4. Argumento desde arriba: La subdeterminación de las teorías .....	21
4. La construcción de la ontología quineana .....	24
4.1. Compromiso ontológico .....	24
4.2. Formación lógica .....	26
4.3. Etapas de aprendizaje: ontogénesis de la referencia .....	28
5. El modelo de relatividad lingüística de W. V. Quine .....	31
5.1. ¿Qué hemos venido haciendo? .....	31
5.2. Quine vs. Chomsky .....	35
5.3. La relatividad lingüística quineana en los debates actuales .....	41
6. Conclusiones .....	46
7. Bibliografía .....	50

## 1. Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo principal analizar algunos de los componentes más importantes de la noción de relatividad lingüística de W. V. Quine, para lo cual se requiere tomar asimismo en consideración otras doctrinas e ideas de este autor con las que dicha tesis está relacionada, como la indeterminación de la traducción, la inescrutabilidad de la referencia y la relatividad ontológica. Un conjunto de estudios actuales sobre la relatividad lingüística ha puesto especial interés en la formación de la ontología de Quine y en su concepción de la relatividad lingüística. Por tanto, analizar en detalle estos aspectos de su filosofía (ontología y relatividad lingüística), comprendiéndolos en estrecha conexión con el resto de sus ideas, permitirá establecer un buen punto de partida, tanto para reflexionar sobre estos nuevos estudios, como para aclarar en mayor profundidad la postura de Quine en torno a cómo afecta el lenguaje al pensamiento y para siguientes investigaciones en torno a la relatividad lingüística.

Para alcanzar estos objetivos recurriré a la revisión bibliográfica de las obras principales de Quine, así como a literatura secundaria de grandes conocedores de su obra (Gibson, Harman, Hylton, Kemp, Sinclair, Soames, Føllesdal, etc.) y de otros filósofos especializados en filosofía del lenguaje. Esta revisión tendrá un carácter crítico y reflexivo, permitiendo seleccionar las obras que resulten más relevantes para los fines del trabajo. Con el fin de comprobar la idoneidad de los experimentos llevados a cabo en los estudios actuales mencionados anteriormente (estudios interesados en la ontología de Quine y en su concepción de la relatividad lingüística), ofreceré un breve panorama de estos experimentos y reflexionaré sobre la conveniencia de los mismos.

La presente investigación obedece a la necesidad de aclarar la postura de Quine en torno a la relatividad lingüística, que no aparece formulada de manera totalmente precisa en su obra. El hecho de aclarar su postura permitirá comprender con mayor exactitud los experimentos que se están llevando a cabo para probar su teoría ontogenética. Veo en la obra de Quine la formulación de un ejemplo de relatividad lingüística que, aunque no exenta de dificultades, otorga una gran importancia a la dimensión ontológica. Este protagonismo ontológico puede

verse reflejado en los desarrollos de su filosofía. Por ello, considero pertinente realizar un análisis de sus tesis principales para alcanzar una comprensión más profunda de su concepción de la relatividad lingüística.

El trabajo se divide en cinco partes. Una primera parte estará dedicada a presentar los rasgos principales de la filosofía de Quine (§2), para en una segunda parte (§3) obtener una visión más clara de sus tesis principales y sus implicaciones. La cuarta parte (§4), relacionada con la ontología, será de suma importancia para comprender su concepción de relatividad lingüística. En la quinta y última parte (§5) se abordará la versión quineana de la relatividad lingüística a la luz de los análisis anteriores, así como también en el contexto de los estudios actuales mencionados. Finalmente, en (§6) se sacarán conclusiones al respecto. Pasemos, pues, a la primera parte.

## **2. Presentación de algunas nociones fundamentales de la filosofía de W. V. Quine**

### **2.1. Significado**

Para hablar de la obra de Quine es necesario establecer primero sus bases. En primer lugar, su particular noción de significado, que rechaza rotundamente la concepción clásica. Dado que lo que se puede observar lingüísticamente es la conducta pública, Quine niega la existencia de entidades abstractas tales como las proposiciones. Aprender una lengua es aprender a *usar* las oraciones que la componen, por lo que el significado está determinado por el uso observable. Para este autor el único significado posible será lo que denomine *significado estimulativo*.

Esta concepción particular de significado está vinculada a la noción de traducción, ya que “el significado de una oración perteneciente a un cierto lenguaje es aquello que dicha oración comparte con sus traducciones a otras lenguas”<sup>1</sup> (Quine, 1990, p. 65-66). Será por esto

---

<sup>1</sup> A partir de ahora, todas las traducciones de textos originales que aparezcan en castellano en el trabajo corren de mi cuenta mientras no se especifique lo contrario.

que posteriormente Quine propondrá el experimento mental de la traducción radical.<sup>2</sup> Precisamente, lo que comparta una oración con su traducción no será otra cosa que el conjunto de estímulos percibidos bajo la misma situación observable. Partiendo de que Quine considera que la unidad primaria de significado son las oraciones, es posible definir el significado estimulativo como sigue:

Una estimulación  $\sigma$  pertenece al significado estimulativo afirmativo de una sentencia  $S$  para un hablante dado si y sólo si hay una estimulación  $\sigma'$  tal que, si se ofreciera al hablante  $\sigma'$ , se le preguntase luego  $S$ , se le ofreciese  $\sigma$  y luego se le preguntara  $S$  de nuevo, discreparía la primera vez y asentiría la segunda. Podemos definir el *significado estimulativo negativo* del mismo modo, intercambiando los términos «discreparía» y «asentiría». Y entonces podemos definir el *significado estimulativo* como el par ordenado de los dos. (Quine, 1960, p.55)

En otros términos, el significado estimulativo es el conjunto de estímulos que son considerados a la hora de asentir ante unas determinadas circunstancias y disentir ante otras una misma oración. El caso más sencillo es el de las oraciones observacionales, que son aquellas que sólo pueden asentirse o disentirse en presencia de los estímulos que conforman su significado estimulativo, como por ejemplo “por ahí pasa un conejo”.<sup>3</sup> Para que sea posible asentir a esta oración es necesario que se dé el caso de que un conejo cruce por nuestro campo visual, constituyendo uno de los estímulos principales del significado estimulativo afirmativo de la oración.

---

<sup>2</sup> Volveré sobre la cuestión de la traducción radical en el §3. Por el momento únicamente es necesario subrayar el hecho de que proponer una situación de traducción radical entre idiomas desconectados permite poner de relieve los aspectos más esenciales del significado.

<sup>3</sup> Es obvio que existen más tipos de oraciones, como las fijas o las teóricas, en las que el estímulo no está presente en el momento de preferencia de la oración. Para una mayor profundización en las diferentes clases de oraciones véase Quine, 1960, cap. 2.

## 2.2. Externismo/internismo semántico

A primera vista, la concepción de significado quineana no parece plantear dudas en torno a su externismo. El rechazo hacia los significados mentales, como el que plantea con su llamado *mito del museo*<sup>4</sup> (Quine, 1969, p.29), hace que el significado se entienda en términos de conducta observable externa, y no como un fenómeno mental interno o entidad abstracta intramental.

Sin embargo, algunos autores han mantenido que este externismo no es más que aparente y que realmente Quine mantiene una postura internista enmascarada. Davidson (1990), separándose de Quine, afirma que su teoría llega a ser cartesiana, al apelar a entidades internas, aunque sean físicas y no mentales. Raatikainen (2005) plantea que este internismo reposaría sobre el supuesto de que el significado sigue estando determinado por lo que se encuentra dentro del hablante, es decir, sus disposiciones a la conducta verbal, independientemente de la sociedad en la que se encuentra inserto. Viñao (2009) considera que el internismo se hace patente porque lo que cuenta a la hora de determinar el significado son los estímulos, no los objetos, es decir, lo que cuenta para el significado son los datos sensoriales internos al sujeto, los estímulos.

Siguiendo a García Suárez (1997), es posible definir el externismo como la posición según la cual el significado de las palabras y el contenido de los pensamientos dependen de factores externos, de manera que el contenido mental no tendría lugar si no existiese su correspondiente objeto en el entorno (dependencia del entorno externo al sujeto). En cambio, para el internista los significados y pensamientos deben caracterizarse sin apelar a estos factores externos al sujeto. Quine (1969) rechaza que el significado sea algo psíquico, mental, y lo define como una propiedad de la conducta. En este sentido, dado que la conducta observable es algo

---

<sup>4</sup> La, por Quine llamada, perspectiva del “mito del museo” es precisamente la que considera que los significados están completamente delimitados y son entidades mentales reificadas. Nuestra mente podría equipararse a un museo en el que los significados serían los elementos a exponer y las palabras que los expresan sus etiquetas identificadoras.

externo y poco cuentan las disposiciones que hay detrás, parece más adecuado situarle en el bando externista. Por tanto, posicionándonos a favor del externismo quineano, estamos de acuerdo con García Suárez en que “no debemos suponer un proceso intermedio para cuya descripción tengamos que introducir la conciencia, la intencionalidad, las creencias o pensamientos o los "significados" internos. Entre el input y el output habrá, por supuesto, procesos neurofisiológicos, pero los detalles de su estructura son irrelevantes para la semántica.” (García Suárez, 1997, p. 503).

### 2.3. Conductismo

Puede que el lector ya se haya percatado de la influencia del conductismo en las posiciones de Quine. En la época en la que se desarrolla su filosofía el conductismo skinneariano era la teoría más aceptada para explicar el paradigma de la mente, que rechazaba apelar a estados mentales o internos del individuo, centrándose en lo que era accesible para el momento: la conducta externa. De este modo, la conducta verbal se explicaría en términos de *inputs* y *outputs* externos, negando la noción clásica de significado.<sup>5</sup>

Aunque es innegable la influencia que tuvo sobre Quine su colega de Harvard Skinner, su conductismo es mucho más moderado de lo que puede parecer. Para él, mientras no se encuentre una explicación del lenguaje en términos psicológicos, no queda otra opción que valerse de lo que podemos observar, es decir, lo externo. No se trata de que el conductismo sea la mejor explicación, sino la única alternativa que se presentaba entonces. Mientras que la psicología no tiene por qué ser conductista, la lingüística debe serlo, ya que es a través de la conducta observable como aprendemos un idioma. No obstante, el conductismo quineano no se limita a las disposiciones de asentimiento-disentimiento (condicionamiento), sino que deja lugar a la introspección, por ejemplo, con las hipótesis analíticas que se sitúan en un plano

---

<sup>5</sup> “Debemos encontrar las relaciones funcionales que gobiernan la conducta verbal que deseamos explicar; llamar a tales relaciones ‘expresión’ o ‘comunicación’ implica correr el peligro de introducir propiedades y eventos extraños y engañosos. La única solución es rechazar la formulación tradicional de la conducta verbal en términos de significado.” (Skinner, 1981, p. 20).

teórico, y a otros factores, como pueden ser las costumbres culturales o cualquier comportamiento que ayude a traducir un lenguaje. De hecho, no rechaza que el lenguaje pueda ser innato (una aptitud), aunque su aprendizaje sea necesariamente empírico a través de la conducta observable. Por todo ello, su conductismo no parece ser tan extremo como se a veces se considera. Incluso el propio Quine señala que sería mejor abandonar el término “conductismo” y considerar más bien su perspectiva como “empirismo externalizado”. (Gibson, 2004)

#### 2.4. Naturalismo

El naturalismo es uno de los pilares fundamentales de la filosofía de Quine.<sup>6</sup> Este autor sostiene que no existen saberes primarios ni secundarios, sino que todo se encuentra en continuidad con la ciencia, incluso el sentido común. La filosofía, por tanto, no tiene un acceso privilegiado al conocimiento ni se trata de algo *a priori*, tal y como consideraba la tradición racionalista, sino que surge en medio de nuestro sistema de conocimiento. “No hay tal cosa como un exilio cósmico” (Quine, 1960, pp. 275), el filósofo trabaja desde dentro de su marco que no es otro que el científico, ya que la realidad debe ser descrita en estos términos.

Sin embargo, esto no implica que la filosofía no juegue ningún papel. La contribución que hace la filosofía tiene que ver con la tarea de esclarecer el sistema científico para mejorar nuestro acceso a la realidad. El filósofo debe tratar de facilitar y sistematizar nuestra teoría sobre el mundo,<sup>7</sup> explicar en qué está basado este sistema y cómo es posible. Dado que las teorías científicas están formuladas lingüísticamente y el lenguaje es públicamente observable, el análisis filosófico debe centrarse en las oraciones que constituyen el discurso científico y debe tratar de desenredar los problemas que se generan en él, dando lugar a términos misteriosos

---

<sup>6</sup> Uno de los puntos dónde el naturalismo cobra más relevancia es en la definición de “hecho” (*fact of matter*), fundamental para la formulación de sus tesis principales. En el §3.1. se tratará algo más detenidamente esta cuestión.

<sup>7</sup> Quine utiliza términos como “teoría sobre el mundo”, “sistema sobre el mundo” o “ciencia” para referirse al conocimiento que tenemos sobre la realidad, es decir, para hablar de epistemología.



tales como “proposición” o “significado”.<sup>8</sup> La forma más práctica de analizar las ideas científicas (y la única) es a través de las palabras que las expresan.<sup>9</sup> (Quine, 1981)

En resumen, con Hylton (2007), uno de los mayores conocedores de la obra de Quine, se puede decir que el naturalismo quineano es central para su filosofía, ya que considera la ciencia como el sistema de verdad y de acceso a la realidad. La filosofía sería un continuo con la ciencia, y por eso debe someterse a los mismos estándares. El lenguaje tiene una importancia central, ya que los conceptos científicos solo pueden ser analizados a través de su expresión lingüística. Por ello, es necesario eliminar las confusiones que ha suscitado el lenguaje filosófico tradicional, disipando los términos que se distancien de la evidencia científica, para así alcanzar un mayor conocimiento de la estructura de la realidad.

## 2.5. Fisicalismo

La filosofía naturalista de Quine parece implicar directamente su fisicalismo. También el externismo quineano, que le lleva a rechazar cualquier entidad o proceso mental a la hora de determinar el significado, guarda estrecha relación con el modo en el que concibe la ontología. Para Quine todo objeto debe tener un substrato físico, aunque sea a nivel microscópico, por lo que entidades tales como las mentales, o en general, las metafísicas, no tienen *en principio* cabida en su ontología. Y se enfatiza el “en principio” precisamente porque su posición respecto al fisicalismo no se mantiene constante a lo largo de su obra. Siguiendo a Janssen-Lauret (2019), mientras que en sus primeros años el autor simpatizaba con el nominalismo, en una segunda etapa, hacia los años cuarenta, Quine (1948) parece moderar su radicalidad para aceptar un

---

<sup>8</sup> “En particular, el rechazo de Quine hacia las proposiciones y nociones similares está motivado por su intento de explicar el fenómeno del lenguaje humano dentro de los límites del naturalismo. Para Quine, postular cosas tales como las proposiciones o el significado es, en el mejor de los casos, como postular el flogisto, y él piensa que su proyecto posee virtudes más que suficientes para negarse a hacerlo. Así, Hylton escribe: “El argumento más contundente de Quine contra tales ideas [como proposiciones, etc.] es simplemente que no son necesarias” (Hylton: 4, 27)”. (Kemp, 2010, p. 285)

<sup>9</sup> Este paso del análisis al plano lingüístico se conoce como “ascenso semántico”.

cierto tipo de formalismo sobre la base física<sup>10</sup> y, finalmente, defender un monismo anómalo davidsoniano en el que se admite la imposibilidad de reducción del vocabulario mental. Esto no quiere decir que el fisicalismo se haya ido desvaneciendo. Esta postura se ha mantenido con fuerza en la filosofía quineana, pero muchos autores han señalado que su radicalidad no es tan extrema como puede parecer.

Hylton (2007) subraya que este autor comprendía el fisicalismo como la postura que admite la existencia de objetos físicos, pero también abstractos. El problema surgiría a la hora de aceptar la existencia de estados mentales y de mentes, además de tales objetos. Esta dificultad se supera con relativa facilidad: el fisicalismo quineano no es reduccionista ni eliminativista, más bien defiende la superveniencia de lo mental sobre lo físico. El lenguaje intencional, mentalista, es útil e incluso quizá indispensable, pero no hay que olvidar que su empleo nos distancia de la verdad (Moya, 2004). De acuerdo con esto, la postura de Quine se puede resumir como “no hay diferencia sin diferencia física” (Hylton, 2007, p. 316), entendiendo que, aunque existan otro tipo de entidades no-físicas, en última instancia todas pueden ser explicadas en términos de ellas.<sup>11</sup>

## **2.6. Holismo**

Se ha señalado en el §2.4. que la filosofía debe ser un continuo con la ciencia y que, dado que la ciencia se estudia desde su discurso, es necesario un análisis filosófico del lenguaje. Ahora bien, ¿cómo es posible que la evidencia empírica llegue a niveles teóricos si este tipo de oraciones se encuentra muy desconectado del nivel práctico? Aquí es donde entra el juego el holismo.

La teoría científica, para Quine, es un todo que se entiende de manera conjunta. Las oraciones que componen la teoría tendrían significado en un sentido coherentista, adquiriendo

---

<sup>10</sup> Kemp (2010) señala que su distanciamiento tuvo que ver con la necesidad de postular entidades abstractas, fundamentales para la matemática clásica.

<sup>11</sup> De ahí su afirmación de que las entidades tales como las proposiciones son innecesarias.

contenido en función del resto de las oraciones y siempre dentro del contexto de la teoría. Las oraciones observacionales, que como ya señalamos son las que se encuentran más próximas a la observación y, por tanto, a la evidencia, son las que sirven de apoyo empírico para las oraciones (fijas, teóricas, etc.) que se encuentran más desconectadas de la verificación estimulativa. El lenguaje que expresa una teoría sería una red de oraciones interconectadas, todas ellas en contacto con la evidencia por medio de las oraciones observacionales.

Es importante no sobredimensionar su holismo o tomarlo como un mero coherentismo. El mismo Quine (1998), en respuesta a Putnam, señalará lo siguiente:

Las oraciones observacionales tienen contenido empírico de manera individual, y otras oraciones están sesgadas individualmente al contenido empírico particular en diferentes grados. [...] Además, incluso el contenido difuso de la totalidad de la teoría es también el contenido de una única y larga oración en la que se puede encapsular la teoría. [...] Lo que Putnam llama confirmación “top down” tiene que ver con una teoría coherentista – un holismo más extremo que el mío—. Parece subestimar mis oraciones observacionales, el canal a través del cual el contenido empírico es embebido. (p. 427)

En palabras de Hylton (2007), la aceptación de una oración observacional es lo que puede llevar a aceptar una oración teórica y es por ello que no tiene sentido hablar de oraciones de manera aislada. Una oración no-observacional considerada individualmente pierde su contacto con lo observable y, por tanto, se inhibe la capacidad de disposición hacia el asentimiento/disentimiento de la misma. Incluso oraciones muy cercanas a las observacionales encuentran su soporte en la aceptación de oraciones de este último tipo de maneras muy diversas.

### **3. Tesis principales de la filosofía de W. V. Quine**

Bajo este apartado he agrupado cuatro teorías distintas que comparten un rasgo en común: la indeterminación. En primer lugar, la conocida tesis de la indeterminación de la traducción, que concierne a la indeterminación de la intensión (del significado) puesta de relieve

en el contexto de la traducción radical y que ha contribuido a reforzar lo que se conoce como escepticismo semántico.<sup>12</sup> En segundo lugar, la inescrutabilidad de la referencia, también conocida como la tesis de la indeterminación de la referencia o de la indeterminación de los términos, según la cual la extensión (referencia) tampoco está determinada por el contenido empírico. En tercer lugar, la tesis de la relatividad ontológica, que se deriva de la inescrutabilidad de la referencia y defiende que es imposible hablar absolutamente de objetos. En cuarto y último lugar, la subdeterminación de las teorías por la evidencia empírica, que pretende demostrar que las teorías científicas no están completamente determinadas por el contenido empírico observable.

Dado el acusado naturalismo quineano, los hechos que cuentan a la hora de determinar la intensión o extensión, o de decidir entre teorías, solo pueden ser hechos físicos observables. Gibson (1998) señala el error de autores como Chomsky (1980), Rorty (1972) o Føllesdal (1973) de considerar estos hechos (*facts of matter*) como algo metodológico o epistemológico, cuando el fisicalismo y naturalismo quineano empujan al autor a hablar de hechos físicos, en un sentido ontológico fuerte. No obstante, es necesario señalar que se trata de hechos físicos desde dentro del contexto de una teoría ontológica históricamente aceptada.<sup>13</sup> Entender adecuadamente la noción quineana de hecho es esencial para comprender sus teorías.

La indeterminación, la inescrutabilidad, la relatividad y la subdeterminación han suscitado numerosos debates y han sido consideradas centrales para el pensamiento quineano en muchas ocasiones. Algunos autores, como Hylton (2007) o Passos Severo (2012), han resaltado el hecho de que estas teorías son algo accesorio a la filosofía de Quine, que realmente se sustenta sobre los pilares que hemos expuesto en el apartado §2. De hecho, dilucidar la

---

<sup>12</sup> Kirk (2004) más que escéptico lo considera nihilista del significado, por su rechazo total hacia la noción clásica del mismo.

<sup>13</sup> No se trata, por tanto, de que los hechos físicos objetivos sean totalmente independientes de nosotros, sino más bien de que de la asunción por nuestra parte de una determinada teoría histórica de lo que hay trae consigo la aceptación de una serie de hechos físicos, afirmados sólidamente en ese determinado momento.

verdad o falsedad de estas teorías no es condición necesaria para alcanzar los fines para los que han sido propuestas. Hylton no dudará en afirmar que la tesis de la indeterminación de la traducción tiene como objetivo principal sembrar la duda acerca de la concepción clásica de significado y no un interés real en sustentarla como verdadera:<sup>14</sup>

Quine, después de todo, acaba pensando en la indeterminación como una conjetura. El agnosticismo acerca de la indeterminación, sin embargo, es suficiente para los propósitos de Quine- suficiente para mostrar que la sinonimia y la idea de proposición ligada a ella no deben darse por supuestas, como ideas disponibles para el uso filosófico. (Hylton, 2007, p. 221)

Algo similar ocurre con la subdeterminación. Passos Severo recalca la importancia de no perder esto de vista:

Es ciertamente verdadero que el holismo confirmacional (junto con el empirismo y el naturalismo) juega un papel fundamental en la teoría del conocimiento de Quine. La subdeterminación, dada su justificación conjetural, no puede jugar este papel. [...] La lección que Quine deriva de la subdeterminación guarda relación con nuestras actitudes hacia la ciencia, y no con doctrinas metafísicas o epistemológicas. (Passos Severo, 2012, p. 111)

Considero esencial, antes de comenzar con la exposición de las teorías mencionadas, que se tenga en cuenta el carácter no esencial de las mismas. Mientras que el naturalismo, fisicalismo, holismo o empirismo son rasgos fundamentales de la filosofía de Quine, las tesis de la indeterminación de la traducción, la inescrutabilidad de la referencia, la relatividad ontológica y la subdeterminación de teorías aunque sirven de apoyo para su filosofía, de ninguna manera sientan su base.

---

<sup>14</sup> Lo mismo puede aplicarse a la inescrutabilidad de la referencia.

### 3.1. Argumento desde abajo: La indeterminación de la traducción

La tesis de la indeterminación de la traducción, una de las más famosas de Quine (si no la más), aparece principalmente desarrollada en su obra *Palabra y Objeto* (1960) y se puede resumir como la tesis de que distintos manuales de traducción pueden ser igualmente compatibles con la totalidad de la evidencia empírica disponible, pero incompatibles entre sí, y no hay un hecho objetivo (*fact of matter*) que permita decidir entre ellos: “La tesis es entonces del tenor siguiente: es posible confeccionar manuales de traducción de una lengua a otra de diferentes modos, todos compatibles con la totalidad de las disposiciones verbales y, sin embargo, todos incompatibles entre sí” (Quine, 1960, p. 48).

El hecho de que este argumento reciba el nombre de “argumento desde abajo” tiene que ver con que la presión de la indeterminación se ejerce metafóricamente desde *abajo*, desde los términos, ya que la indeterminación surgiría de la imposibilidad de encontrar un hecho objetivo que permita decidir entre traducciones o incluso entre posibles referencias de los términos más sencillos (inescrutabilidad), que serían los que se encuentran en la base de las teorías. En el todo holista que caracteriza al lenguaje, la base, lo que está *abajo*, es lo que tiene contacto con lo empírico (las oraciones observacionales) y lo que está más alejado (de lo empírico) es lo que está más arriba, es decir, las oraciones teóricas. Las numerosas críticas que recibió la tesis de indeterminación de la traducción llevaron a Quine a la necesidad de reforzarla y para ello planteó un nuevo argumento que presionase “desde arriba” (subdeterminación de las teorías), desde el plano teórico que es el más elevado, ampliando así su alcance:

Hay dos maneras de abrir paso para la doctrina de la indeterminación de la traducción para maximizar su alcance. Puedo presionar desde arriba y puedo presionar desde abajo, llevando ambos extremos hacia el centro. En el extremo superior está el argumento, ya mencionado en este trabajo, cuya intención es persuadir a quien esté dispuesto a reconocer que algunas porciones de la ciencia están subdeterminadas por todas las observaciones posibles, [...] Por presionar desde abajo entiendo atender a

cualquiera de los argumentos para la indeterminación de la traducción que pueden estar basados sobre la inescrutabilidad de los términos. (Quine, 1970, p. 183)

El llamado “argumento desde arriba”, más generalmente conocido como la subdeterminación de las teorías por la evidencia empírica, aunque relacionado con el aquí tratado, no se trata de una parte del mismo argumento, sino de una tesis independiente. Como Quine diría, un nuevo argumento paralelo pero adicional. En el apartado §3.4. se verá esto con más detalle.

Volviendo a la indeterminación de la traducción, es necesario subrayar que la tesis propiamente no tiene como objeto la traducción, sino el mostrar que la noción clásica de significado, y las nociones ligadas a él como las de sinonimia o proposición, carecen de justificación empírica.<sup>15</sup> La tesis de la indeterminación se ubica en un escenario de traducción radical, es decir, de traducción entre dos lenguas completamente remotas,<sup>16</sup> que no han estado jamás en contacto y que no tienen orígenes comunes. Quine ofrece este experimento mental para poder arrojar luz sobre los aspectos más profundos del significado, aspectos que son más fácilmente analizables en un contexto (casi)<sup>17</sup> exento de influencias externas al propio lenguaje, como es el caso de la información colateral, información socialmente compartida que no se manifiesta en la conducta lingüística del hablante.

Explicemos brevemente cómo se construye la tesis. Supongamos que vamos a traducir de una lengua remota, de la que no tenemos conocimiento, al castellano. Quine empieza, por las oraciones observacionales,<sup>18</sup> que son aquellas que, al estar directamente conectadas con la

---

<sup>15</sup> “Él [Quine] apela a la indeterminación para apoyar su tesis (en pocas palabras) de que la idea de significado y mismidad de significado no es más que una forma conveniente de hablar, que carece de base empírica sólida” (Kirk, 2004, p. 152).

<sup>16</sup> Tan remotos que algunos autores como Hylton (2007) o Gibson (1986) prefieren hablar de traducción con marcianos que con lejanos pueblos indígenas.

<sup>17</sup> Quine no olvida el problema de lo que llama “información colateral”, información que está ampliamente extendida en una determinada cultura y que no se mostraría explícitamente en las disposiciones conductuales de los sujetos. Este problema está presente incluso en un contexto de traducción radical. Más sobre esto en Quine, 1960, pp. 59-65.

<sup>18</sup> Recordemos que este tipo de oraciones son las que se profieren, y a las que se asiente o disiente, únicamente en presencia de estímulos.

evidencia, están exentas prácticamente de indeterminación. La traducción se produciría a través de la sinonimia estimulativa, es decir, haciendo corresponder las oraciones con otras en castellano que tengan el mismo significado estimulativo (i.e. que se asientan y disientan en las mismas ocasiones en ambos idiomas). Aquí se puede introducir el clásico ejemplo de “Gavagai” para ilustrar la tesis: si cuando pasa un conejo por delante de nosotros y del indígena, el indígena profiere la oración observacional “Gavagai”, podemos entender que esa oración en castellano significa “(he ahí un) Conejo”.<sup>19</sup> Para corroborarlo proferiremos “Gavagai” en situaciones en las que vuelva a aparecer un conejo en el campo visual, pero también en situaciones en las que no aparezca, para comprobar si asiente y disiente a la oración en las mismas ocasiones en las que nosotros asentiríamos y disentiríamos a “Conejo” en castellano. Si es así, podremos establecer la traducción de “Gavagai” como “Conejo”. Como se puede apreciar aquí, la evidencia empírica observable (en este caso el conejo que cruza por nuestro campo de visión) puede determinar el significado estimulativo de la oración y la traducción puede llevarse a cabo sin mayor dificultad.

El problema viene a continuación. Estas oraciones observacionales únicamente constituyen una pequeña parte de nuestro lenguaje. En muchas ocasiones se profieren oraciones que no dependen de la presencia del estímulo (oraciones ocasionales) o incluso oraciones teóricas (oraciones fijas). Para traducir estas oraciones el lingüista de campo debe valerse de lo que Quine llama *hipótesis analíticas*. Dado que nos alejamos del plano puramente empírico, es necesario que el traductor formule hipótesis, es decir, que proponga traducciones posibles de oraciones entre la lengua indígena y el castellano. Una vez establecida la correlación indígena-castellano, el traductor debe someterla al juicio de las disposiciones al asentimiento y disentimiento. Por ejemplo, “los conejos son animales” podría corroborarse mediante su comparación con traducciones como “las tortugas son animales” o “los pájaros son animales”.

---

<sup>19</sup> En castellano, el añadido “he ahí” es necesario para que “Conejo” se torne una oración, aunque Quine normalmente hable simplemente de la oración “Conejo” y no de “he ahí un conejo”. Cuando se hable de la oración “Conejo” siempre nos referiremos a “he ahí un conejo”.



Así, mediante ensayo-error, podríamos acabar traduciendo la oración, aunque no se trataría en este caso de una oración observacional, sino ocasional.

Sin embargo, es posible que “Gavagai” pudiese significar “Conejeidad” o “Estadio temporal de conejo” y la conducta lingüística observable sería exactamente la misma que la que se produciría si significase simplemente “Conejo”. Entonces, ¿cómo es posible discernir entre estos significados si todos ellos son compatibles con las disposiciones conductuales de “Gavagai”? Ciertamente no existe un hecho objetivo que nos permita decidir la cuestión. Cuanto más alejada se encuentra la oración de la evidencia empírica, más indeterminación se manifiesta. Por tanto, distintos lingüistas de campo pueden proceder de manera distinta, escogiendo diferentes traducciones, elaborando finalmente manuales de traducción incompatibles entre sí, pero compatibles con la totalidad de la evidencia empírica.

Muchos son los que han criticado esta tesis, algunos por su trivialidad (Chomsky, 1968) otros por su imposibilidad o poca plausibilidad. Como mencionábamos en la sección anterior, Quine no intenta demostrar la verdad de la tesis, no pretende que se dé de hecho, sino que se trata de una conjetura. Pero una conjetura digna de ser tomada en consideración, más aún una conjetura plausible, que permite socavar el concepto clásico de significado. Si es posible que los significados no estén determinados, entonces no debemos dar por sentada la noción clásica internista de significado.

### **3.2. La inescrutabilidad de la referencia**

La inescrutabilidad de la referencia es una tesis derivada de la indeterminación de la traducción<sup>20</sup> y aparece también esbozada en *Palabra y Objeto* (1960). Es más, Wright (1998) señala que, en algunas ocasiones, Quine insiste en que realmente la conclusión del argumento

---

<sup>20</sup> También puede considerarse una variante de la indeterminación de la traducción. La expuesta en el apartado §3.1. afectaría a la intensión o significado y sería un primer tipo de indeterminación, y la expuesta en el presente apartado sería un segundo tipo de indeterminación que afectaría a la extensión o referencia.

desde arriba no es la indeterminación de la traducción, sino la inescrutabilidad de la referencia.<sup>21</sup> También se conoce como la indeterminación de los términos ya que, mientras que la indeterminación de traducción trabaja a nivel de oraciones, la inescrutabilidad lo hace a nivel de los términos, como dice Wright (1998, p. 413), “a nivel de expresiones sub-oracionales”.

Cómo se señaló en el apartado §3.1., no hay un hecho objetivo que permita decidir entre distintos manuales de traducción incompatibles entre sí, pero compatibles con la totalidad de la evidencia. Entonces, si “Gavagai” puede ser traducido por cosas tales como “Conejo”, “Partes no separadas de conejo” o “Conejeidad”, siendo todas estas opciones compatibles con los datos empíricos observables, ¿no se deriva de aquí que la referencia tampoco está determinada por la evidencia?

Estas diferentes traducciones seleccionan distintas referencias, entre las cuales tampoco es posible decidir sobre la base de la evidencia empírica. Dependiendo de si el término se traduce como término general, singular, de referencia dividida, etc., la referencia fijada por dicho término será distinta. Por ejemplo, no estamos hablando de la misma referencia si “Gavagai” significa “Conejo” que si significa “Conejeidad”. De este modo, es posible establecer distintas traducciones que fijen la referencia de los términos de diferentes maneras, todas ellas incompatibles entre sí, pero compatibles con la evidencia conductual. Distintas traducciones pueden asentar diversas ontologías y ser igualmente compatibles con la totalidad de las disposiciones públicamente observables.

Aunque, como se señalaba al principio del apartado, la inescrutabilidad es a veces considerada por Quine una tesis más central que la indeterminación del significado, no hay que olvidar que ambas, indeterminación e inescrutabilidad, son dos caras de la misma moneda. En *Relatividad ontológica y otros ensayos* (1969) se afirma:

---

<sup>21</sup> De ahí, tal y como explicamos, la denominación de argumento desde *abajo* (desde los términos).

La referencia, la extensión, ha sido el punto fuerte; el significado, la intensión, el punto débil. La indeterminación de la traducción con la que ahora nos enfrentamos, sin embargo, atraviesa igualmente la extensión y la intensión. Los términos “conejo”, “parte no separada de conejo” y “estado de conejo” no sólo difieren en significado, también son verdaderos de cosas diferentes. La referencia misma se demuestra inescrutable desde el punto de vista de la conducta. (Quine, 1969, p.53)

También es importante tener en cuenta que la inescrutabilidad no tiene lugar donde no hay traducción. Donde se toma un lenguaje como un aparato fijo y dado, los términos refieren a los mismos objetos cuando son verdaderos de las mismas cosas, cuando son coextensivos. Sin embargo, incluso en casa, con nuestros vecinos, solemos traducir ciertas expresiones para compensar desajustes ontológicos. Aunque lo que usualmente prime sea la traducción homofónica,<sup>22</sup> a veces, siguiendo a Wilson (1959), utilizamos el “principio de caridad”<sup>23</sup> e interpretamos heterofónicamente la palabra de un vecino para lograr una mejor comprensión de su mensaje (Quine, 1969). En el momento que dejamos de lado la traducción homofónica surge la inescrutabilidad en casa, dado que se pasa al terreno de la traducción radical.<sup>24</sup>

### 3.3. La relatividad ontológica

La inescrutabilidad de la referencia y la relatividad ontológica están estrechamente ligadas. Gibson (1988, 2004), y de alguna manera el propio Quine (1959, 1990), a veces las considera como una misma tesis. Sin embargo, en aras de la claridad expositiva, he decidido atender a ellas de manera independiente.

La relatividad ontológica permite aliviar las consecuencias de la inescrutabilidad de la referencia. Esta tesis está expuesta principalmente en *Relatividad ontológica y otros ensayos*

---

<sup>22</sup> “Nuestra usual regla doméstica de traducción es todavía la regla de homofonía, la cual simplemente traduce cada retahíla de fonemas por la misma retahíla” (Quine, 1969, p. 66).

<sup>23</sup> Versiones diferentes de este principio de Wilson (1959) fueron incorporadas tanto por Quine, como por Davidson, gran deudor de la filosofía quineana.

<sup>24</sup> En *Búsqueda de la verdad* (1990/1992, p. 86), Quine matizará estas afirmaciones defendiendo que si el método de traducción se da mediante la transformación idéntica (homofónica), atendiendo únicamente a nuestra propia lengua, el problema se desvanece.

(1969) y afirma que la cuestión de la referencia debe ser entendida en relación con un lenguaje de fondo, que permita establecer las coordenadas para decidir entre distintas referencias. Es decir, los objetos a los que refieren las palabras pueden especificarse únicamente en el contexto de un lenguaje de fondo al que poder regresar. De manera análoga, Quine mantiene una concepción relacional acerca de cuáles son los objetos de las teorías. Para él “no tiene sentido decir cuáles son los objetos de una teoría fuera de la cuestión de cómo interpretar o reinterpretar esta teoría en otra. [...] Así interpretamos completamente la teoría, relativa a nuestras propias palabras y relativa a nuestra general teoría familiar que les subyace” (Quine, 1969, pp. 71-72).

Sin embargo, esta no es la única manera en que la referencia es relativa. Quine sostiene que la ontología es relativa de manera doble: “La ontología es en verdad doblemente relativa. Especificar el universo de una teoría sólo tiene sentido relativamente a alguna teoría de fondo, y sólo relativamente a una elección de un manual de traducción de una teoría a otra” (Quine, 1969, p.76).

Dependiendo del manual elegido a la hora de llevar a cabo la tarea de traducción, se fijará una determinada ontología. Por lo tanto, la referencia es también relativa al manual de traducción elegido, además de a la teoría de fondo. Quine (1990) señala que, dentro de una misma lengua la relatividad deja de existir. La referencia se explicaría mediante el modelo de desentrecomillado de Tarski (1935/1983).<sup>25</sup> La relatividad y la inescrutabilidad, aunque

---

<sup>25</sup> Tarski plantea dos requisitos para formular su teoría de la verdad: la corrección formal y la adecuación material. Esta teoría de la verdad como correspondencia establece que “verdadero” es un predicado lingüístico y que el análisis de la verdad debe darse en el lenguaje (concepción semántica de la verdad). El modelo de desentrecomillado consiste en especificar la verdad de cualquier nombre, para ver si se ajusta a la realidad, mediante el esquema: X es verdadero, si y solo si, p; dónde x es el nombre de la oración lingüística y p es la proposición que expresa. El ejemplo por excelencia es “La nieve es blanca” es verdadero, si y solo si, la nieve es blanca. Este modelo es desentrecomillador precisamente porque permite establecer la verdad o falsedad de las oraciones mediante su desentrecomillado, es decir, mediante la comprobación de su ajuste con los hechos.

anteriormente haya afirmado que se encuentran a todos los niveles (Quine, 1969), afectando hasta a nivel individual, finalmente no afectarían en casa.<sup>26</sup>

Por otro lado, Gibson (2004) señala cómo no debe entenderse esta relatividad. Esta tesis no presupone el “principio de tolerancia” carnapiano (Carnap, 1937), ya que para Quine sí que es posible decidir entre alternativas lingüísticas. Quine rechaza el relativismo sobre la verdad.<sup>27</sup> Aunque reconoce que existen diferentes teorías alternativas, hay una que se muestra como la más adecuada, que es la que aceptamos, y al hacerlo la consideramos verdadera en un sentido no-relativizado. Y al aceptar una teoría, aceptamos también un lenguaje, que tomaríamos como verdadero frente a las alternativas. Al considerar nuestra teoría como reveladora de la verdad del mundo, las afirmaciones que hagamos sobre nuestra ontología deben ser verdaderas también. Por tanto, Quine se muestra como un realista ontológico. Sin embargo, no hay que olvidar que, aunque en este sentido Quine no es un relativista ontológico, en otro sí lo es. Gibson (2004) señala el hecho de que la relatividad ontológica, entendida como consecuencia de la inescrutabilidad de la referencia, hará inevitable entender los objetos únicamente como el papel que desempeñan en nuestras teorías.

### **3.4. Argumento desde arriba: La subdeterminación de las teorías**

El argumento desde arriba, como aclaramos en el §3.1., apoya la indeterminación desde el plano teórico, metafóricamente *arriba*. También conocido como la tesis de la subdeterminación de las teorías por la evidencia, afirma que nuestra experiencia no es suficiente para determinar nuestras teorías y, por tanto, que diferentes teorías científicas pueden dar cuenta igualmente bien de la misma evidencia empírica. Estas diferentes teorías pueden incluso

---

<sup>26</sup> Aunque en un primer momento Quine afirme que sus tesis afectan a todos los niveles, en su etapa madura, en torno a los años 90, adopta cierta moderación. En esta etapa la indeterminación, inescrutabilidad y relatividad no afectarían normalmente “en casa”.

<sup>27</sup> En una obra muy actual, Ebbs (2017) muestra cómo Quine logra rechazar la filosofía primera, relacionada con la epistemología por la tradición racionalista, gracias a su concepción naturalista (todos los saberes están en continuo con la ciencia), todo ello sin caer en el relativismo de los marcos lingüísticos de Carnap (1950) (es imposible decidir entre marcos lingüísticos, todos ellos están al mismo nivel). Además, realiza una propuesta metodológica a partir de la filosofía de Carnap, Quine y Putnam que resulta muy interesante y moderna. Puede verse con más detalle en el anexo 1.

ser incompatibles entre sí. Así, a la hora de tomar posición acerca de cuál teoría escoger, esta elección no estaría guiada por la evidencia y, por ejemplo, nuestra elección de la teoría del mundo (la física) sería acorde a otros criterios (conveniencia, simplicidad, etc.). De aquí podemos concluir que es posible que existan distintas teorías alternativas, incompatibles entre sí, pero todas ellas compatibles con la evidencia.<sup>28</sup>

Para poder comprender esta tesis adecuadamente es necesario aclarar lo que se entiende por teoría, ya que la mayoría de las críticas apuntan a esta dirección. Bergström (2004) señala que la subdeterminación se aplica principalmente a teorías globales sobre el mundo,<sup>29</sup> en el sentido de que contienen la totalidad de las creencias de alguien sobre el mundo en un determinado momento. Cuando Quine habla de teoría física, no se refiere a la teoría estudiada por los físicos, sino más bien la entiende en un sentido más amplio, que recoge todos los eventos observables.

Hay autores que han criticado esta teoría por ser falsa, confusa o por entrañar un cierto anti-realismo o agnosticismo. Aunque Quine rechaza estas conclusiones, la existencia de tales teorías globales ha sido cuestionada en muchas ocasiones. Sin embargo, como bien subraya Passos Severo (2008), “la doctrina [de la subdeterminación] es plausible en la medida en que es inteligible, pero es menos fácilmente inteligible de lo que puede parecer” (Quine, 1975, p. 313; corchetes añadidos). Para Quine, la tesis de la subdeterminación es una cuestión abierta, una conjetura de la que no pretende demostrar su verdad. El objetivo de la tesis es cambiar la actitud hacia la ciencia mediante la exhibición de su plausibilidad. Este rasgo fundamental es el que permite justificar que la subdeterminación no constituye un pilar fundamental para la filosofía quineana.

---

<sup>28</sup> “La tesis de la subdeterminación [...] afirma que nuestro sistema del mundo está destinado a tener alternativas empíricamente equivalentes que no son reconciliables a través de la reconstrucción de predicados, por desviados que sean” (Quine, 1975, p.325).

<sup>29</sup> Este autor sugiere también que puede aplicarse a algunas teorías derivadas de las globales.

Es común encontrar autores que no consideran que haya una diferencia legítima entre la indeterminación de la traducción y la subdeterminación de teorías por la evidencia. Para muchos, la indeterminación no se considera nada más que un caso especial de subdeterminación. Aunque la diferencia entre ambas tesis no se traza con total nitidez en *Palabra y Objeto* (1960), en un artículo posterior, “On the reasons of Indeterminacy for Translation” (1970), Quine insiste en varias ocasiones en lo siguiente:

El asunto no es que la lingüística, siendo parte de la ciencia conductista y en último lugar de la física, comparta el carácter empírico subdeterminado de la física. Por el contrario, la indeterminación de la traducción es adicional. Dónde teorías físicas A y B son ambas compatibles con la totalidad de los datos posibles, podemos adoptar A y aun así ser libres de traducir al extranjero como creyendo A o B. (p.179-180)

Gibson (1998) defiende que, aunque estas dos teorías están a la par epistemológicamente, ontológicamente ofrecen diferencias. Mientras que la subdeterminación es una cuestión epistemológica sobre ontología (i.e. sobre la posibilidad de construir diferentes ontologías a partir de la misma evidencia) y la indeterminación es una cuestión epistemológica sobre traducción, ontológicamente hay un hecho objetivo para la física, pero no un hecho objetivo para la traducción. Esto se debe a que los hechos pertenecen a la dimensión ontológica de la investigación.

Aunque la subdeterminación tenga lugar epistemológicamente, es necesario decidir entre teorías para asentar nuestra ontología. “Estamos destinados a ocupar la posición de alguna teoría histórica de lo que hay” (Gibson, 1998, p. 152), aunque sea solo de manera temporal. Actualmente el mundo se concibe como ontológicamente físico y, por tanto, en él se asientan hechos físicos objetivos que permiten decidir entre lo verdadero y lo falso. Esto lleva a concluir que, mientras que hay un hecho *físico* objetivo para la física, en la traducción no contamos con la misma suerte. Lo que no se puede decidir mediante hechos físicos no puede

ser ni verdadero ni falso, por lo que no existe un hecho objetivo que permita decidir cuál de los manuales de traducción posibles es el correcto.

Sin embargo, que la indeterminación de la traducción y la subdeterminación de las teorías difieran entre sí, esto no quiere decir que no guarden relación. De acuerdo con Allen (2010), aunque muchos autores han afirmado que la tesis de la subdeterminación no apoya a la indeterminación, esto no es del todo cierto. En ese artículo se señala que el grado en el que la traducción se ve afectada por la indeterminación depende de la cantidad de alcance empírico reconocido en la teoría física aceptada, es decir, del grado en el que la teoría física está subdeterminada por la evidencia. Si se reconoce que la subdeterminación solo afecta a altos niveles teóricos, será únicamente en esa parte del discurso en la que aparezca la indeterminación. Quine parece mantener una versión más fuerte.<sup>30</sup> La subdeterminación afecta a la teoría física en niveles bajos del discurso, por lo que la indeterminación se extiende mucho más allá del campo de las teorías, afectando al discurso sobre los objetos observables cotidianos.

#### **4. La construcción de la ontología quineana**

##### **4.1. Compromiso ontológico**

Es necesario aclarar la tarea que Quine considera propia del filósofo respecto a la ontología. El interés ontológico del filósofo tiene que ver con desenredar nudos, aclarar confusiones o precisar vaguedades, y comprobar si se ha aceptado acríticamente algún conjunto de objetos en la ontología. Las cuestiones sobre los objetos que realmente hay escapan a la labor filosófica y deben ser los científicos de la naturaleza, en el caso de los objetos físicos, o los matemáticos, en el caso de las clases, los que se ocupen de responderlas.<sup>31</sup> La tarea del filósofo

---

<sup>30</sup> La profundidad de la teoría debe entenderse en relación con el alcance. Passos Severo (2008) aclara que, en relación con muchos otros sentidos, como la incompatibilidad lógica entre teorías o su fundamentalidad para la filosofía quineana (que no tienen que ver con el alcance de la teoría), es una tesis mucho más débil de lo que comúnmente se ha considerado.

<sup>31</sup> “La tarea del científico consiste, en el sentido más amplio, en conjeturar cómo es la realidad; y una parte de esa cuestión [ontológica] es la pregunta: ¿qué hay?, ¿qué es real? La cuestión [epistemológica] de cómo conocemos lo que hay es parte de la cuestión [...] de la evidencia en apoyo de la verdad acerca del mundo” (Quine, 1960, p. 43; corchetes y énfasis añadidos).



es más de detalle que la de sus colegas científicos, pero esto no quiere decir que haya una mirada filosófica privilegiada. Dado el naturalismo quineano, ciencia y filosofía son un continuo y el filósofo estudia también desde dentro del marco de la ciencia y el sentido común. El filósofo no se encarga de la ontología en sí, sino del compromiso ontológico.<sup>32</sup>

En este sentido filosófico, la ontología está íntimamente relacionada con la semántica. El filósofo opta por un ascenso semántico<sup>33</sup> en base a dos razones principales. Por un lado, cuando se explora la ontología en función de las variables que figuran en un enunciado no accedemos a lo que hay, sino a lo que un discurso o teoría dice que hay. Y el problema sobre lo que se dice que hay parece un problema de lenguaje. Por otro lado, pasar al plano semántico es una buena herramienta para poder trabajar en un terreno común de discusión, ya que las controversias ontológicas ofrecen su reflejo en discrepancias semánticas en los esquemas conceptuales básicos. Sin embargo, no debe entenderse que la cuestión de lo que hay sea dependiente de las palabras. Como señalé, la cuestión acerca de qué hay ha de ser respondida por el científico. El hecho de que la cuestión filosófica se pueda traducir a términos semánticos no implica que en general trate de una cuestión lingüística:

No estoy sugiriendo con esto una dependencia del ser respecto al lenguaje. No estamos, en efecto, considerando la real situación ontológica, sino el compromiso, la implicación ontológica del discurso. Lo que hay en el mundo no depende en general de nuestro uso del lenguaje, pero sí depende de este lo que podemos decir que hay. (Quine, 1953, p.154)

---

<sup>32</sup> Hay quienes han criticado a Quine por defender un cierto idealismo, basado en el coherentismo y en la relación palabra-palabra en vez de palabra-mundo. Sin embargo, él no rechaza la conexión ontológica con el mundo, las palabras cuando refieren lo hacen a un objeto, no a otra palabra. Para un análisis más detallado de estas críticas véase Gibson (1988). Chomsky, junto con Scheffler (1969), es uno de los críticos de su concepción ontológica; vid. Thomas (2019) para una profundización en las implicaciones del compromiso ontológico quineano y en el rechazo de esta crítica.

<sup>33</sup> Como ya adelantamos en el apartado 2.4., el ascenso semántico consiste en tratar problemas ontológicos y epistemológicos mediante el examen lógico-semántico de los enunciados que hablan sobre ellos. El ascenso se daría del análisis epistemológico u ontológico puro al análisis propiamente semántico-lingüístico.

#### 4.2. Formación lógica

La cuestión filosófica sobre lo que hay ha de ser abordada desde un punto de vista lógico. El lenguaje natural presupone una ontología repleta de objetos, no pone límites a la hora de incrementar el número de entidades aceptadas. Por ello, la cuestión ontológica conviene que sea tratada en el contexto de las funciones veritativas y la cuantificación objetual<sup>34</sup>, es decir, en el contexto de un lenguaje regimentado que acote los recursos que no sean propiamente ontológicos, regulando la expansión innecesaria de objetos propia del lenguaje natural. Nuestra ontología debe establecerse según criterios de empirismo relativo, es decir, de no alejarse de la experiencia más de lo necesario. El objetivo es maximizar la capacidad de predicción de la teoría científica guiándonos por criterios de simplicidad y conservadurismo.<sup>35</sup>

Para llegar a descubrir realmente los objetos que forman parte de una teoría científica es necesario establecer una separación con el lenguaje ordinario.<sup>36</sup> La idea de la referencia objetiva, que cobra fuerza en los estudios ontológicos, es esencial para la formación de nuestra imagen científica del mundo, pero esta idea de referencia objetiva es ajena a la mayor parte del lenguaje natural. “El poner nuestra casa ontológicamente en orden” (Quine, 1974, p. 108) requiere adoptar un lenguaje lógico, canónico, que permita arrojar luz sobre las verdaderas raíces de la referencia.

Esta notación canónica (lenguaje lógico), que se utiliza para esclarecer los compromisos ónticos, tiene como pilares fundamentales la cuantificación y la identidad. Precisamente, “parafrasear una sentencia [del lenguaje natural] en la notación canónica de la cuantificación es ante todo y principalmente explicitar su contenido óntico” (Quine, 1960, p. 306; corchetes

---

<sup>34</sup> Las funciones veritativas, que determinan el valor de verdad de las oraciones compuestas a partir del valor de verdad de las oraciones simples componentes, y la cuantificación objetual, que cuantifica sobre objetos, son elementos básicos de los lenguajes lógicos, cruciales para el análisis ontológico quineano.

<sup>35</sup> Cabe señalar que el criterio de economía se considera en relación con la teoría y no con la ontología. Es decir, la búsqueda de economía a la hora de aceptar objetos en la ontología pretende favorecer a la claridad y simplicidad teórica. No obstante, la teoría implica la ontología.

<sup>36</sup> Esto no quiere decir en ningún caso que se deba despreciar el lenguaje ordinario. Tanto como medio de clarificación última como genéticamente el lenguaje natural es fundamental.

añadidos), ya que “ser asumido como entidad significa pura y simplemente ser asumido como valor de una variable” (Quine, 1953, p. 39). Para descubrir los compromisos ontológicos de un discurso es necesario analizarlo desde la lógica de primer orden. *Lo que hay* es lo que puede ocupar el lugar de una variable ligada en la cuantificación de este lenguaje regimentado, y es así como asumimos compromisos ontológicos. Es decir, “una teoría se compromete con esas y sólo con esas entidades a las que las variables ligadas de la teoría deben ser capaces de referirse para que la afirmación de la teoría sea verdadera” (Quine, 1953, pp. 13-14). El valor de una variable es cualquier objeto que pueda ocupar el lugar de dicha variable. En este caso se trata de variables ligadas, es decir, variables acompañadas de un cuantificador de existencia, por ejemplo,  $\exists x$ , donde  $x$  es una variable ligada al cuantificador existencial ( $\exists$ ). Así en sentido estricto los objetos con cuya existencia se compromete una teoría son aquellos que han de ser los valores de las variables requeridos para hacer verdaderos los enunciados de la teoría que poseen el carácter de cuantificaciones existenciales. Esta variable,  $x$ , puede ser sustituida por objetos y si al sustituirla por un determinado objeto arroja el valor de verdad “verdadero”, entonces ese objeto es parte de la ontología presupuesta por la teoría. Podemos decir, pues que “en nuestra notación canónica de la cuantificación encontramos la restauración de la ley y el orden. En la medida en que la respetamos, hay que entender que los objetos que admitimos son precisamente los que recogemos en el universo de valores para las variables de cuantificación” (Quine, 1960, p. 306).

Además, el criterio de identidad también es decisivo para el establecimiento de entidades, ya que permite distinguir unas como distintas de otras. El hecho de que existan criterios claros de identidad para un objeto dado es lo que permite considerarlo como un objeto real. Las entidades realmente existentes son aquellas que cuentan con un criterio de identidad adecuadamente establecido. Esto le llevará a Quine a rechazar entidades como proposiciones o atributos, que no cuentan para él con un criterio claro de identidad.

Recapitulando, para Quine es necesario realizar un ascenso semántico para analizar la ontología. Por tanto, la teoría que establece los compromisos ontológicos debe ser examinada desde un punto de vista lingüístico (semántico). De aquí se sigue que para analizar los compromisos ontológicos es necesario analizar las oraciones que componen la teoría. Sin embargo, las oraciones del lenguaje natural pueden conducir a enredos y errores. Para evitarlos el filósofo debe separarse del lenguaje ordinario y proceder al examen lógico de las oraciones. Una vez establecido el lenguaje canónico será posible ver qué objetos son asumidos como entidades por la teoría en base a dos criterios principales: ser el valor de una variable ligada y poseer un criterio claro de identidad. De estas reflexiones surgen los dos famosos eslóganes quineanos: “ser es ser el valor de una variable” (Quine, 1953, p.42) y “no hay entidad sin identidad” (Quine, 1969, p. 38).<sup>37</sup>

#### **4.3. Etapas de aprendizaje: ontogénesis de la referencia**

La referencia no aparece de golpe, sino por grados. Quine dedica numerosos pasajes en sus obras a subrayar las etapas que tienen lugar en el desarrollo del niño a la hora de alcanzar el dominio del lenguaje y, así, su sistema referencial. Estas etapas aparecen reflejadas principalmente en sus obras *Palabra y Objeto* (1960), *Relatividad Ontológica y Otros Ensayos* (1969), *Las Raíces de la Referencia* (1974) y *Teorías y Cosas* (1981). Para poder arrojar luz sobre la ontogénesis de la referencia, Quine considera que es mejor atender al proceso de adquisición de la cuantificación, en vez del aparato referencial de la lengua vernácula del niño, en el que tienen lugar enredos y confusiones. Recordemos que los objetos no son otra cosa que los valores de las variables cuantificadas.

Aunque el número de fases no está del todo definido,<sup>38</sup> podemos aceptar la existencia de cinco etapas principales:

---

<sup>37</sup> Originalmente: “*To be is to be the value of a variable*” y “*No entity without identity*”.

<sup>38</sup> Las etapas indicadas en la obra de Quine varían en número y contenido. He decidido optar por una síntesis selectiva de todas ellas.

1. En esta primera etapa, el bebé aprende términos como “agua”, “madre” o “rojo”, y esos tres se encuentran al mismo nivel. Estos términos no se refieren a objetos individuados, sino más bien se profieren en las ocasiones en las que el niño detecta la presencia de alguno de ellos en su entorno. Son objetos espaciotemporales observados. Su aprendizaje se alcanza por medio del refuerzo y la corrección y poco a poco se iría acotando el rango espaciotemporal de aplicación del término. Esta etapa pertenece todavía a la fase pre-individuativa. Se trataría meramente de ver “cuánto de los que sucede a su alrededor [del niño] es madre, o rojo, o agua” (Quine, 1969/1974, p.20; corchetes añadidos). La referencia no consiste en nada más que darse cuenta de una presencia.

2. En la segunda fase se introduciría la distinción entre términos generales y términos singulares. Los términos generales continuarían aprendiéndose por ostensión, pero en esta etapa se incorpora la referencia dividida. La referencia dividida es aquella que identifica múltiples individuos, independientes unos de otros. Por ejemplo, “zapato” divide su referencia, mientras que “calzado” no. La identificación guarda relación con el principio de identidad. Es aquí donde se manifiesta una comprensión plena de los objetos, con la adquisición de la individuación. Sin embargo, la forma de aprender estos términos individuativos es aún por refuerzo y corrección. Estos términos se diferencian de los de la etapa anterior únicamente en que aparece la individuación interna y se dan ciertos fallos de referencia en términos singulares.

3. La tercera fase incorpora términos generales compuestos a partir de atributos, como puede ser “manzana cuadrada”, que dan paso a los fallos referenciales en términos generales. Permite la producción masiva de estos términos, pero el conjunto de los objetos sigue siendo el mismo que en la fase anterior. Son objetos antiguos combinados de nuevas formas. El niño es capaz de identificar las ocasiones en las que los numerosos ejemplos que se le proporcionan son intercambiables.

4. La cuarta fase, y más importante, sí que da lugar a nuevos objetos. Esto se debe a la aplicación de pronombres relativos a términos singulares o generales. Las cláusulas relativas

permiten formular condiciones que han de ser cumplidas por los objetos, como por ejemplo “el libro que compré”, que debe ser un libro y también debo haberlo comprado. Esta etapa permite formar términos inobservables como “más pequeños que esta mancha” cuando dicha mancha se encuentra en el límite de la percepción visual humana. En este punto ya no se aprende por condicionamiento, sino por transformación de equivalencias o analogía. Precisamente, la utilidad de la cláusula relativa reside en que posibilita la realización de analogías por parte del niño. En un primer momento, esta cláusula relativa se aprende en el plano de la predicación, pero con el tiempo pasa al plano categórico donde la cláusula relativa toma su importancia haciéndose ineliminable.

Quine habla de dos tipos de cuantificación, la substitucional y la objetual.<sup>39</sup> La cláusula relativa contendría en su origen una variable substitucional, pero al pasar al plano categorial se transforma en una variable objetual. Este salto de la cuantificación substitucional a la objetual es uno de los puntos clave del discurso ontológico.

Esta cuarta fase constituye la más importante, porque “una vez que una teoría queda formulada en el estilo cuantificacional, se puede decir tranquilamente que sus objetos de referencia son los valores de sus variables cuantificadas. [...] La cláusula relativa y la cláusula categórica [objetual] se presentan, pues, como las raíces de la referencia” (Quine, 1969/1974, pp.121-122; corchetes añadidos).

5. En la quinta y última fase entrarían en juego las entidades abstractas, como “rojez” o “humanidad”, que nombran cualidades, atributos o clases. Quine preferirá hablar de clases,

---

<sup>39</sup> Estas dos formas de cuantificar se diferencian en sus valores veritativos, así como también el alcance de su aplicación (la segunda está disponible para los términos singulares y la primera también para otras categorías gramaticales). La cuantificación objetual pretende cuantificar sobre objetos y establecer compromisos ontológicos. En cambio, la cuantificación entendida substitucionalmente solo se compromete con que todos ( $\forall x$ ) o algún ( $\exists x$ ) término de un lenguaje L que sea adecuado para sustituir la variable arroja una oración verdadera. Pero en este caso nada dice sobre su existencia o compromiso con la realidad. Por ejemplo, la oración “La Tierra tiene un satélite” se compromete con “uno es el número de satélites de la tierra” y, por tanto, con “existe algo que es el número de satélites de la tierra” en sentido objetual. En cambio, en sentido substitucional, de la oración “La Tierra tiene un satélite” sí que se seguiría que “uno es el número de satélites de la tierra”, pero no se comprometería con su existencia. Más sobre esto en *Las raíces de la referencia* (Quine, 1974/1988, pp. 118- 122).

ya que los criterios de identidad de los atributos no son tan claros como el de las clases y, como ya señalamos, el criterio de identidad es uno de los requisitos fundamentales para que un objeto sea asumido como entidad por una teoría. Será mediante el análisis de las clases como Quine se enfrente al problema de los objetos abstractos. Por tanto, considera necesario hablar sobre el origen de la teoría de conjuntos. La ontología de los atributos y clases parte de los términos generales, con sus cláusulas relativas y la cuantificación substitucional, ya que a partir de la combinación de estos tres elementos se puede simular ya la teoría de conjuntos. Cómo veíamos en la cuarta fase, cuando el aprendiz traslada las cláusulas relativas al terreno de lo categórico, el pronombre relativo pasa a ser una variable objetual: aquí surge la cuantificación, más concretamente la cuantificación objetual sobre cuerpos. Llega un punto en el que no hablamos solo ya de clases de objetos, sino de clases de clases y de ahí en adelante. Esta forma de hablar es esencial para los números y, por tanto, para la matemática. El papel que desempeña el número natural es muy importante, ya que sirve fundamentalmente para medir las clases (esta clase tiene  $n$  miembros). Una vez que los números dejan de considerarse substitucionalmente y empiezan a considerarse objetualmente, es posible decir que se han introducido entidades abstractas en la ontología.<sup>40</sup>

## **5. El modelo de relatividad lingüística de W. V. Quine**

### **5.1. ¿Qué hemos venido haciendo?**

Hasta este punto el trabajo se ha centrado en analizar con cierto detalle el sistema filosófico de Quine. El lector puede llegar a cuestionarse la conveniencia de este estudio para alcanzar los objetivos del trabajo. Sin embargo, su concepción del lenguaje, central en su filosofía, es crucial para entender su concepción de la relatividad lingüística.

---

<sup>40</sup> Esta etapa también tiene una importancia considerable, no solo por el paso que supone para un filósofo naturalista como Quine la aceptación de entidades abstractas, sino también por el hecho de que permite el distanciamiento del nominalismo.

En los primeros apartados de la presente investigación se trataron nociones tales como externismo, holismo o naturalismo como características de la filosofía quineana. Es posible ver de aquí en adelante cómo estos aspectos influyen enormemente a la hora de determinar el papel que juega el lenguaje para el pensamiento. No obstante, para que pueda percibirse de forma más clara, presentaré a continuación algunos ejemplos.

Como ya se mencionó, el externismo semántico va en contra de la idea de que los significados estén en la cabeza. Además, como acérrimo conductista,<sup>41</sup> Quine opta por hablar de significados estimulativos, que se definen teniendo únicamente en cuenta la conducta pública observable de los hablantes. El lenguaje, tal y como lo hemos indicado en el apartado referente a la ontogénesis, se aprende por etapas a través de estímulos procedentes del entorno y va moldeando el pensamiento. Esto conduce inevitablemente a la conclusión de que no existe un lenguaje innato en el almacén cognitivo humano, dando lugar a uno de los focos de discusión que Quine se verá obligado a mantener con la rama generativista de la lingüística, en concreto con su mayor exponente: Chomsky. Dada la importancia de esta polémica para aclarar la postura quineana, dejemos esto para tratarlo en detalle más adelante.

Por otro lado, el naturalismo de Quine le lleva a concebir cualquier disciplina como un todo en continuo con la ciencia. La filosofía no será pues la filosofía primera de la tradición racionalista, sino un saber que parte del medio de la ciencia, un barco que se repara mientras te encuentras a bordo de él (*cfr.* Neurath, 1983). Es por esto que, para Quine, la lingüística, como ciencia que se encarga del lenguaje y sus significados estimulativos, no tiene otra opción que ser empírica y conductista:

En psicología se puede ser o no ser conductista, pero en lingüística no hay elección posible. Cada uno de nosotros ha aprendido su lengua observando la conducta verbal de otras personas y recibiendo el refuerzo o la corrección de quienes observaban

---

<sup>41</sup> Aunque ya se subrayó que no tan devotamente como puede parecer (*vid.* § 2.3.).



nuestra titubeante conducta verbal. [...] Nuestra vida mental entre control externo y control externo no tiene relevancia alguna a la hora de evaluar nuestro dominio del lenguaje. No hay nada más que decir sobre significado lingüístico que lo que se desprenda de la conducta pública en situaciones observables. (Quine, 1990/1992, p. 66)

Opuestamente, la tradición generativista estudia la lingüística como algo interno, dando lugar a la llamada lingüística generativa. Esta rama de la lingüística se centra en la gramática generativa (y universal) que permite crear infinitas oraciones a partir de un número determinado de reglas. Esta gramática es innata y forma parte de nuestra, también innata, facultad del lenguaje, a veces concebida modularmente como independiente del resto de procesos cerebrales.<sup>42</sup> Mientras que para Quine habría una influencia, a través de estímulos externos, de cada lengua en la forma de ver el mundo,<sup>43</sup> para Chomsky los mecanismos innatos son parte de la configuración del cerebro de cada individuo en tanto que ser humano y por ello universales para toda lengua. La lingüística sería una rama de la psicología cognitiva,<sup>44</sup> ya que el estudio del lenguaje es el estudio de una parte del cerebro.

Las tesis de Quine, a las que se ha hecho referencia en el apartado §3, también influyen en su concepción de la relatividad lingüística. Por ejemplo, la tesis de la subdeterminación de las teorías por la evidencia empírica lleva a la necesidad de elegir la teoría que resulte más conveniente y, consecuentemente, al elegir inevitablemente nos encerramos en un marco teórico (el de la teoría seleccionada). Dentro de este marco surgen las distintas lenguas entre las que las traducciones no están completamente determinadas por la totalidad de las

---

<sup>42</sup> Otras ramas de la lingüística herederas del generativismo se despegan de él en algunos aspectos. En el caso de la lingüística cognitiva, que hoy en día se encuentra ampliamente extendida, rechazan este fuerte modularismo.

<sup>43</sup> Esto se tratará con más detalle en el § 5.3.

<sup>44</sup> Neisser (1967), uno de los impulsores de la psicología cognitiva, define esta disciplina como aquella encargada de los fenómenos psicológicos que no son otra cosa que fenómenos cognitivos, entendiendo cognitivo como aquellos “procesos por los que el input se transforma, se reduce, se debilita o se altera, se almacena, se recupera y se usa. Lo cognitivo se preocupa por estos procesos incluso cuando operan en ausencia de estimulación relevante.” (Neisser, 1967/2014, p. 4). La psicología se encargaría pues del estudio de lo cognitivo, que es un aspecto interno del cerebro.

disposiciones públicamente observables (tesis de la indeterminación de traducción). Esto lleva a que cada lengua es un mundo, un todo holista dentro del marco de una misma lengua. Si el lenguaje influye en la ontogénesis de la referencia entonces distintas lenguas configuran distintas maneras de ver el mundo y por tanto la determinación del pensamiento por el lenguaje distaría de ser universalista. Quine lo dirá del modo siguiente:

Si no somos capaces de llegar a una traducción contextual de 'existe' - y, por tanto, de la cuantificación existencial<sup>45</sup> - en una lengua determinada, tampoco seremos capaces de determinar la ontología de los hablantes de esa lengua. [...] Así pues, estoy reconociendo que la cuestión del compromiso ontológico es local. (Quine, 1990/1992, p. 52)

Si el compromiso ontológico depende de cada lengua, el niño adquiere una ontología u otra dependiendo de la lengua materna adquirida. Esta ontología configuraría la forma de ver el mundo del niño. De este modo, la lengua determinaría la ontología, que a su vez configuraría la forma en que el individuo piensa el mundo.

Creo que a partir de lo que se ha venido planteando en este apartado el lector puede captar la línea que sigue Quine en cuanto a su concepción de la influencia (o determinación) del pensamiento por el lenguaje. Por motivos de espacio no es posible desarrollar todos y cada uno de los aspectos en detalle. Conviene señalar, sin embargo, algunos aspectos fundamentales de su postura.

En primer lugar, el hecho de ser externista lleva a Quine a negar la posibilidad del innatismo, al menos tal y como lo plantea la rama generativista de la lingüística. En segundo lugar, la influencia del conductismo, junto también con el externismo, impide estudiar la lingüística desde otro punto de vista que no sea el de la conducta. En tercer lugar, la defensa de la relatividad ontológica ataca claramente al universalismo. En cuarto y último lugar, dado que cada lengua traza su propia ontología, cada una determina de una manera lo que consideramos

---

<sup>45</sup> Recordemos que para Quine ser es ser el valor de una variable ligada.

que existe y, por tanto, lo que pensamos. Siguiendo estas afirmaciones, Quine se mostraría como un defensor de la relatividad lingüística fuerte, es decir, de la tesis de que cada lengua *determina* en gran medida el pensamiento.

Es importante resaltar también el hecho de que Quine nunca escribió específicamente sobre relatividad lingüística, sino que su concepción se elabora a partir de afirmaciones realizadas principalmente en obras como *Palabra y Objeto* (1960) o *Relatividad Ontológica y Otros Ensayos* (1969), y en su debate contra Chomsky, figura principal del generativismo. Por ello, será de suma importancia dedicar a continuación un apartado a profundizar en este debate, obteniendo así una noción más clara de la postura mantenida por Quine en este respecto, tanto por vía positiva como por negativa.<sup>46</sup>

## 5.2. Quine vs. Chomsky

Una de las principales críticas que Chomsky le hace a Quine está en relación con el innatismo. En Chomsky (1968), este autor ofrece una serie de críticas a la filosofía quineana que suscitarán una inmediata respuesta directa por parte del atacado (Quine, 1968). A pesar de que Chomsky también trata asuntos como la diferencia lenguaje-teoría o física-lingüística, la que resulta más interesante para nuestros propósitos concierne al innatismo.

La concepción lingüística chomskiana (Chomsky, 1975), como ya se ha venido advirtiendo, defiende la existencia del lenguaje como mecanismo innato de nuestro cerebro cuyo núcleo se centra en la Gramática Universal, gramática también innata y universal para todos los individuos, que consta de un conjunto de reglas que permiten formar nuevas oraciones de manera infinita. Desde esta perspectiva, Chomsky (1968) atribuye a Quine la posible defensa de un fuerte innatismo: dado que acepta un “espacio cualitativo” prelingüístico que es necesario para aprender a hablar y que considera que algunos objetos se encuentran más cercanos a otros

---

<sup>46</sup> Considero que a la hora de aclarar la postura de un autor es importante atender a sus declaraciones explícitas al respecto, pero también a su rechazo de las propuestas de sus rivales u otros autores. Aparte de lo que Quine defiende es importante tener claro lo que, desde luego, no defiende. Esto es lo que pretendo expresar con “vía positiva” y “vía negativa”.

en este espacio (bola roja y bola amarilla están más cerca entre sí en el espacio cualitativo del niño que pañuelo rojo) (Quine, 1960), entonces es difícil rechazar que “bola” en sí sea una idea innata mientras se acepta que dimensiones más abstractas, como la forma que comparten, sí que puedan serlo. Con esto, Chomsky (ibíd.) quiere mostrar que la concepción quineana, para ser coherente, debe ofrecer un criterio ulterior para delimitar las ideas innatas o aceptar que la teoría generativista es más adecuada.

Obviamente Quine no está de acuerdo con esta perspectiva y en su artículo (1968) responde a los comentarios de Chomsky. Lo único innato que defiende Quine es una *aptitud* lingüística innata<sup>47</sup> y para él las “ideas innatas” no son otra cosa que disposiciones innatas hacia el comportamiento observable. Mientras que nacemos con una capacidad innata para poder hablar, el aprendizaje que pone en marcha esta aptitud se da de manera intersubjetiva a través de características del comportamiento humano externo y su entorno. Por tanto, “no hay lenguaje innato ni telepatía” (Quine, 1968, p. 278). Para poder inducir, condicionar o crear un hábito de formación de oraciones es necesario un espacio cualitativo que permita distinguir un estímulo como más o menos parecido a otros. No obstante, este espacio cualitativo puede ser sometido a prueba empíricamente a través del condicionamiento estímulo-respuesta, y es posible también determinar de forma empírica qué características son innatas y cuáles adquiridas (Quine, 1960, pp. 116-117). Por tanto, el espacio cualitativo innato tiene que ver con las disposiciones innatas de la conducta (aptitudes), todas ellas susceptibles de ser sometidas a comprobación empírica. Ninguna idea innata como “bola” puede ser aceptada en la concepción quineana.

De aquí se sigue que la concepción conductista de Quine otorga una gran importancia al papel comunicativo del lenguaje. De hecho, únicamente lo comunicativo, que puede

---

<sup>47</sup>Es conveniente resaltar el hecho de que su naturalismo, conductismo y empirismo influyen una vez más en estas afirmaciones. Cuando Quine habla de aptitud se refiere a ciertas condiciones físicas que hacen posible que el ser humano aprenda a hablar. Cualquier intento de postular ideas innatas suscitaría el rechazo de Quine.

observarse públicamente en el comportamiento, es el aspecto a estudiar del lenguaje. En el apartado anterior se aclaró el motivo por el cual la lingüística, para Quine, no tenía otra opción que ser empírica y conviene volver a enfatizar el hecho de que “nuestra vida mental entre control externo y control externo no tiene relevancia alguna a la hora de evaluar nuestro dominio del lenguaje. No hay nada más que decir sobre significado lingüístico que lo que se desprenda de la conducta pública en situaciones observables.” (Quine, 1990/1992, p. 66; énfasis añadido). Es por esto que, dado que lo que hay en nuestra cabeza no aporta nada a la hora de determinar el significado lingüístico,<sup>48</sup> lo único lingüísticamente relevante es el aspecto comunicativo del lenguaje.

Una vez más Chomsky se encontrará en el extremo opuesto. Para este autor la importancia del lenguaje reside en lo interno. Incluso llega a afirmar que no hay una existencia objetiva del lenguaje salvo en su representación mental (Chomsky, 1972). Que oigamos ciertas oraciones y seamos capaces de comprenderlas es una consecuencia del aparato lingüístico innato que porta cada individuo y la gramática universal que trae consigo. Esta gramática estructura la mente otorgándole una cierta organización, que es la que posibilita la tarea de acceder a los significados que tienen los sonidos que profiere un hablante. Por tanto, son las formas lingüísticas internas que el individuo impone a los sonidos y signos lo que hace comprensible el lenguaje. Es por esto que el estudio del lenguaje debe consistir en el estudio de la mente y la parte comunicativa debe ser tratada como accesoria.

Quine no se contenta con defender el externismo e ir contra el innatismo, sino que tampoco se manifiesta partidario de la Gramática Universal, y del universalismo en general. Para Quine puede existir más de una gramática distinta para una misma lengua y obviamente cada

---

<sup>48</sup> La tesis de la indeterminación de la traducción arrojaría evidencia a este respecto, ya que los significados a la hora de traducir quedarían indeterminados por la evidencia empírica, pero el significado interno tampoco aportaría nada para resolver la cuestión.

lengua adopta su propia gramática, diferente de las demás. Quine incluso llega a mencionar un leve parecido con la indeterminación de la traducción:

La sintaxis tiene por misión establecer qué cadenas de fonemas pueden construirse en una lengua dada. Es probable que más de una batería de construcciones gramaticales y vocabulario sean capaces de generar el mismo conjunto final de cadenas, [sin embargo], [...] esta libertad no da lugar a una indeterminación análoga a la de la traducción. La indeterminación de la traducción consiste más bien en un conflicto dentro del nivel de los resultados finales. (Quine, 1990, p.82; corchetes añadidos)

Mientras que la indeterminación de la traducción es un problema semántico (de resultados), la gramática tiene que ver con los aspectos formales del lenguaje. Las diferencias que se den entre la elección entre gramáticas no es más que una cuestión de preferencias verbales o de estructuras sintácticas mejores que otras para obtener el mismo conjunto final de cadenas significativas.

Aunque la indeterminación de la gramática no sea análoga a la de la traducción y no dé lugar a los mismos problemas, sí que se puede inferir que es posible adoptar distintas gramáticas para una misma lengua.<sup>49</sup> Esto quiere decir no sólo que la gramática no es innata, sino que no es universal. El hecho de escoger entre una gramática u otra no sería más que una cuestión de conveniencia teórica. Mientras que para Quine las reglas y “los árboles solían ser meros andamiajes *ad hoc* por medio de los cuales los gramáticos, cada uno a su manera, se las ingeniaba para especificar la totalidad objetiva de oraciones bien formadas [...], [los chomskianos mantienen que] los árboles son ellos mismos parte de la realidad lingüística objetiva que debe especificarse” (Quine, 1974a, p. 120; corchetes añadidos).

---

<sup>49</sup> En un capítulo de Smith (2013), este autor se ocupa con cierto detalle de los debates que se han librado entre Quine y Chomsky. En cuanto al asunto de la indeterminación de la gramática llega a defender que dos gramáticas estructuralmente incompatibles pueden ser extensionalmente compatibles y, por tanto, empíricamente equivalentes. Sin embargo, dado que Quine (1990) recalca explícitamente que el conflicto es una cuestión verbal o de conveniencia, parece desafortunado hablar de incompatibilidad.

De este modo, para los generativistas dos gramáticas extensionalmente equivalentes no necesitan ser verdaderas, ya que la única correcta es aquella que el nativo tiene en la cabeza.<sup>50</sup> El problema de Chomsky reside en creer en la existencia de una especie de gramaticalidad, una estructura última que necesita ser desvelada. Y, si bien es cierto que Quine admite la posesión de un cierto sentido de gramaticalidad<sup>51</sup> por el nativo, Chomsky busca algo mucho más: una gramaticalidad concreta y precisa. Sin embargo, si se admite que gramáticas extensionalmente equivalentes son igualmente válidas (ya que cumplen los mismos objetivos), entonces no queda más remedio que conceder que el criterio de elección entre una u otra depende de la simplicidad o conveniencia y, por tanto, que la supuesta estructura objetiva subyacente no era tan objetiva como se pretendía.

En cuanto al universalismo, resulta fácil deducir la dirección que toma la postura de Quine. Dado que parece plausible la coexistencia de gramáticas extensionalmente equivalentes, los universales lingüísticos quizá no sean tan universales como uno podría figurarse. Cuando el gramático afirma, por ejemplo, que la distinción sujeto predicado es universal, lo que realmente está haciendo en muchos casos es proyectar su propia gramática en la lengua ajena, consiguiendo manipular el resto del sistema lingüístico para que pueda dar cuenta de esta distinción.<sup>52</sup> Tal y como dice Quine (1974a), si se detuviese uno en esta cuestión metodológica quizá se mostraría más reticente a la hora de aceptar universales lingüísticos.

En vista de lo analizado en este apartado, a primera vista podemos concluir que la concepción quineana del lenguaje se encuentra en las antípodas de la generativista en la mayoría de sus aspectos. Sin embargo, me gustaría resaltar el hecho de que, a pesar de esta

---

<sup>50</sup> El problema aquí es que para discernir entre si un hablante está siguiendo una gramática u otra es necesario, para Quine, que esa diferencia se manifieste en las disposiciones conductuales. Si ese contraste no tiene lugar, es imposible decidir qué sistema de reglas ha seguido el hablante.

<sup>51</sup> El hecho de que los nativos se extrañen si el gramático produce alguna oración mal formada es una evidencia a favor de esto.

<sup>52</sup> En este punto es importante la concepción holista del lenguaje. Dado que cada lengua es un todo holista de oraciones coherente, en ocasiones es posible ajustar una lengua al esquema sujeto-predicado mediante la modificación de otras zonas del sistema.

aparente incompatibilidad, una mayor reflexión puede mostrar ciertos matices que hacen estas dos posturas hasta cierto punto concurrentes.

Chomsky (1975, 1980) defiende que la capacidad innata del lenguaje con la que nacemos se desarrolla gracias a los estímulos externos que recibimos en las primeras etapas de vida. El hecho de que haya diferencias entre lenguas para este autor no es más que una cuestión superficial y sin importancia. Simplemente, cada lengua, debido a sus características específicas, estimula ciertos aspectos del aparato lingüístico innato. El hecho de que diferentes estructuras sintácticas tengan lugar en distintas lenguas tiene que ver con los estímulos lingüísticos recibidos. Pero entonces, si diferentes lenguas hacen que se desarrollen aspectos diversos del módulo lingüístico innato, ¿no es posible defender un cierto grado de relatividad lingüística? El hecho de que finalmente el módulo lingüístico se desarrolle de una manera u otra dependiendo de la lengua materna parece ser compatible con que los estímulos lingüísticos externos (y por tanto la lengua) moldeen el módulo lingüístico cognitivo interno y, por tanto, influyan en el pensamiento de diferentes modos. Además, la idea de la aptitud innata quineana tendría cabida en este marco, ya que se trata de una especie de capacidad innata, que bien podría ser un módulo que permite desarrollar el lenguaje en el niño, pero que dependiendo de la lengua en la que se encuentre inmerso el hablante, el pensamiento tome unas direcciones u otras. Así, chomskianos y partidarios de la relatividad no se encontrarían tan alejados.

Es cierto que no es tarea fácil para un chomskiano convencido renegar de su universalismo. Sin embargo, la posibilidad de diálogo en esta dirección parece viable. Aunque exista un módulo lingüístico innato, es posible que este módulo se vea estimulado de diferentes maneras por cada idioma, y por tanto que haya cabida para una cierta influencia de las lenguas en el pensamiento. Todo esto sin tener que sacrificar su fuerte defensa del modularismo y del innatismo. Incluso podría ser posible que el lenguaje en general fuese universal, que todos naciósemos equipados de la misma manera, pero el sometimiento continuo a una cierta cultura y su lengua moldeasen el pensamiento de ciertas formas.



### 5.3. La relatividad lingüística quineana en los debates actuales

Uno de los aspectos que más ha interesado de la filosofía de Quine en los debates actuales sobre relatividad lingüística ha sido su influencia sobre la ontología. En el apartado §4 se señaló como ésta tenía lugar y también se describieron las etapas por las que pasa el niño hasta alcanzar un dominio completo del lenguaje, y con ello, de la ontología. Para Quine la ontología es relativa a un cierto marco teórico (tesis de la relatividad ontológica) y se configura a medida que el niño va aprendiendo una lengua. En *Palabra y Objeto* (1960), aunque también en otras obras como *Relatividad Ontológica y Otros Ensayos* (1969), pone de manifiesto el hecho de que el niño no nace con una ontología universal de objetos, sino que los primeros términos que adquiere (“madre”, “agua”) son una especie de términos de masa que le permiten identificar la presencia de algo en su campo perceptivo. No será hasta la cuarta fase, en la que el niño aprende las cláusulas relativas, donde surja la referencia individuada y objetual, la referencia plena tal y como la entendemos.<sup>53</sup>

Esta concepción se compromete con un determinismo lingüístico bastante acusado. En el debate de cómo el lenguaje afecta al pensamiento podemos encontrar dos líneas principales. Una de ellas será la rama generativista-universalista, protagonizada por Chomsky, cuya postura ya hemos analizado, que se basa en la defensa del innatismo y universalismo del lenguaje y del análisis interno a la hora de abordar la lingüística. Otra tiene su origen en la conocida *Hipótesis Sapir-Whorf* (Sapir, 1931; Whorf, 1956), que en su versión más radical defiende que el lenguaje determina totalmente el pensamiento. En las antípodas del generativismo, esta vertiente defendería que, dependiendo de la lengua, el pensamiento se configura de una manera u otra y por ello no será partidaria ni del universalismo ni del innatismo. El aprendizaje y lo externo, como la sociedad y la cultura, son aspectos fundamentales para el análisis del lenguaje.

---

<sup>53</sup> Como vimos en el apartado §4.3., es en la cuarta fase, con la adquisición de la cláusula relativa, que permite hablar de objetos como valores de sus variables ligadas, donde tiene sus raíces la referencia objetiva por completo, y con ella, el aparato referencial y la ontología.

Las tesis de Quine, que defiende que los seres humanos no nacemos con una ontología de objetos y que ésta se adquiere con el lenguaje a través del condicionamiento estímulo-respuesta,<sup>54</sup> parecen adherirse a esta segunda tendencia whorfiana. Hasta que no alcanzamos un cierto dominio del lenguaje no adquirimos tampoco la ontología ligada a él, por lo que el pensamiento (lo que pensamos que existe) depende de cómo el lenguaje lo determine. Y como cada lengua divide la realidad a su manera, cada lengua moldeará el pensamiento de sus hablantes de una forma diferente. Por tanto, más allá de negar una ontología innata independiente del lenguaje y por tanto universal, Quine reconoce una pluralidad ontológica, dependiendo de la lengua materna del hablante.

Esta tesis ha levantado gran interés, sobre todo para un grupo de autoras como Imai (1997, 2003, 2007), Gentner (1997), Mazuka (2003, 2007) o Carey (1991, 1994, 2009) entre otras, desde los años ochenta. Estas autoras han dedicado numerosos experimentos (y sus consecuentes artículos) a comprobar la hipótesis formulada por Quine, a saber: que la lengua es lo que permite al individuo formar su ontología y que cada una lo hace a su manera. Para poder verificar si realmente existe una ontología universal o si Quine está en lo cierto es necesario atender a las etapas prelingüísticas del niño, en las que el lenguaje aún no ha podido ejercer gran influencia, al menos en principio. Por ello, casi todos los experimentos reúnen a niños de corta edad (aproximadamente de diez meses a cuatro años), aunque también en ocasiones participan adultos, para poder comparar los resultados con sujetos que estén fuertemente imbuidos en la estimulación lingüística. Principalmente se trata de realizar una prueba que permita determinar si desde temprana edad son capaces de diferenciar objetos, por ejemplo, sometiénolos a una prueba de distinción entre individuo y substancia. Es interesante analizar brevemente estos procedimientos y detenerse en los resultados que han sido obtenidos.

---

<sup>54</sup> El aprendizaje de la lengua es lo que nos permite alcanzar las cláusulas relativas y la cuantificación, y con ello, la referencia dividida (objetos).

Uno de los primeros experimentos en relación con este tema fue el realizado por Soja et al. (1991), en el que examinaron cómo niños de dos años adquirirían nuevas palabras de manera ostensiva por referencia bien a un nuevo objeto físico sólido, bien a una nueva sustancia no sólida. Este experimento trataba de dilucidar si la referencia de las palabras de los niños se veía condicionada o no por su conocimiento de la distinción sintáctica entre término contable/ de masa. Los resultados obtenidos dieron apoyo a la intuición de que los niños poseían una distinción ontológica prelingüística entre sustancias y objetos y por tanto a favor de una ontología universal.

Carey (1994) obtuvo unos resultados parecidos en los experimentos que llevó a cabo. Sin embargo, esta autora también otorga un cierto grado de plausibilidad a la hipótesis quineana: si bien es cierto que la ontología de objetos parece ser compartida por todo ser humano en sus primeros años de vida, no parecen existir categorías universales *más específicas* que la de los objetos individuales. Un segundo experimento llevado a cabo por Carey en este mismo artículo muestra que al sorprender al niño con objetos distintos no parece diferenciarlos. Por tanto, aunque la evidencia apunta a que es posible que nazcamos con una ontología de objetos universal que nos permite distinguirlo de las sustancias, no existe apoyo a favor de la aceptación de una ontología de objetos más específica, a saber, que permita diferenciar unos objetos de otros. Desde este punto de vista, Quine, en cierto sentido, estaría en lo correcto, ya que niños de muy corta edad no habrían construido todavía conceptos concretos como “madre” o “botella”, tal y como los construyen los adultos, aunque, *pace* Quine, sí que vendrían equipados con el concepto innato general de “objeto”.

Sin embargo, tal y como lo señalarán más adelante Imai y Mazuka (2003), los resultados hasta aquí tratados no son concluyentes. Hay evidencia a favor de que con tan solo dos años el niño es ya en cierto grado sensible a la distinción lingüística entre término contable/ de masa (Gordon, 1988). Además, el hecho de que el niño con el tiempo adquiriera los conceptos que le permiten distinguir objetos, cosa que no sucede desde el primer momento, puede llevar a

pensar que quizá el hecho de reconocer objetos en general sea también fruto de estar sometido desde su nacimiento a la influencia del lenguaje.<sup>55</sup>

Para realizar un experimento más preciso, Imai y Gentner (1997), realizaron la misma prueba, pero incorporando a sujetos nativos ingleses y sujetos nativos japoneses. Esto se debe a que el japonés es una lengua que carece de la distinción sintáctica entre términos de masa y términos singulares (de entidades individuales), por tanto, si es cierto que la lengua es lo que determina la ontología los niños japoneses no deberían contar con una ontología que distingue entre objetos y sustancias. Los resultados de este experimento también fueron a favor de una ontología universal: los niños ingleses y los niños japoneses obtuvieron más o menos los mismos resultados, corroborando la hipótesis de Soja et al. (1991).<sup>56</sup> Sin embargo, pudieron observar que la influencia del lenguaje comenzaba a edades muy tempranas y también que ejercía efecto en cómo las dimensiones perceptuales particulares ponderaban a la hora de juzgar objetos que se encontraban en el medio del continuo individuativo (objetos dudosos).<sup>57</sup> En 2007, Imai y Mazuka llegan a las mismas conclusiones: mientras que parece haber evidencia en favor de una ontología universal innata que permite dividir entre objetos y sustancias, el lenguaje influye en la construcción de entidades que se encuentran en el medio, entre una clase y otra. Li et al. (2009), aunque con cierta distancia<sup>58</sup> de las posiciones mantenidas por Imai y Gentner (1997), también reconocen este aspecto en base a los experimentos que realizan.

---

<sup>55</sup> Además, los experimentos que llevan a Carey (1994) a creer que el niño tiene una ontología de objetos se basan en un análisis de su atención. Se trata de mostrar al niño un único objeto durante un largo periodo de tiempo hasta que el sujeto se acostumbra. Después, repentinamente, se le muestran dos objetos para ver si se nota un cambio en la duración e intensidad de su focalización perceptiva. Sin embargo, considero que el hecho de que el niño se muestre sorprendido o más atento no tiene por qué implicar que sepa que realmente está en presencia de dos objetos distintos, uno más que en ocasiones anteriores. Esta reacción puede concordar perfectamente con la teoría de Quine de que realmente lo que observa son términos de masa, ya que el niño podría estar sorprendido meramente por el hecho de encontrar “más presencia de” en la misma escena, sin por ello comprender si es un objeto, dos o infinitos.

<sup>56</sup> Imai y Mazuka (2003) realizaron el mismo experimento, pero sustituyendo la tarea de clasificación mediante palabras por una que no las implicase y así poder contrastar los resultados. Las conclusiones fueron parecidas: la cognición humana no es ni completamente universal ni absolutamente diversa.

<sup>57</sup> Coincidiendo con las tesis de Slobin (1985).

<sup>58</sup> Estas autoras defienden que la distinción sustancia-objeto es un universal cognitivo, independiente del lenguaje.

Cacchione et al. (2014) realizaron un experimento ligeramente diferente a los anteriores, centrándose en cómo afecta el lenguaje al procesamiento visual atento en cuanto a la distinción sustancia-objeto. Los resultados que obtuvieron los llevaron a concluir que existe una ontología universal que guía los procesos cognitivos independientemente de la lengua hablada.<sup>59</sup> Pero lo interesante de este artículo es su siguiente reflexión. Aunque el lenguaje no parezca tener influencia en tareas cognitivas de primer orden, como la distinción entre sustancia y objeto, dado que las ontologías universales y la influencia del lenguaje en la cognición coexisten, es probable que el lenguaje contribuya a modelar secundariamente la ontología universal que le precede. Esto explicaría por qué los adultos dan respuestas distintas de las de los niños de su mismo idioma.

La relación entre los procesos cognitivos y el lenguaje sería en este caso bidireccional, siendo posible que el lenguaje tanto refleje como, a su vez, modifique las estructuras cognitivas universales. Dicho de forma más breve, aunque el lenguaje no afecte a los procesos cognitivos primarios y profundos, como la distinción ontológica universal entre sustancia y objeto, o más concretamente en este caso, el procesamiento visual atento de objetos y sustancias, sí que es posible que cada lengua tenga influencia en procesamientos cognitivos de segundo orden y de más alto nivel, como es la categorización o el razonamiento inductivo, yendo así la influencia en ambas direcciones. Esta alternativa relativamente reciente resulta bastante plausible y daría cuenta de los resultados obtenidos por todos los experimentos mencionados en este apartado.

Dejando este posicionamiento particular de lado, sí que es posible afirmar con mediana seguridad un aspecto que se ha confirmado en cada uno de los experimentos: la evidencia a favor de una ontología universal con respecto a la distinción sustancia-objeto. Aunque ningún

---

<sup>59</sup> En este punto considero que hubiesen estado más acertados si hubiesen invertido la implicación, es decir, si hubiesen afirmado que los procesos cognitivos innatos del ser humano son los que guían la ontología universal. Parece más plausible defender la existencia de procesos cognitivos biológicos, con los que nacemos *qua* seres humanos, que la de una ontología universal que guía estos procesos por igual.

experimento está exento de críticas, es cierto que se da una regularidad respecto a la ontología del niño a pesar de las diferencias entre las pruebas llevadas a cabo.

Esta recalcitrante evidencia arroja luz sobre cómo el lenguaje afecta al pensamiento y a partir de aquí cabe afirmar que no parece haber una determinación total del pensamiento del niño desde que nace. Contra la teoría ontogenética de Quine (1960,1969), la distinción ontológica entre sustancia y objeto no aparece tras el correspondiente aprendizaje de la distinción sintáctica, ni los objetos parecen empezar a dibujarse en el niño a partir de la cuantificación (de las cláusulas relativas). Sin embargo, sería necesario ir más allá en esta investigación e indagar más profundamente en las etapas prelingüísticas del niño (al menos prelingüísticas en sentido oral), así como en su aprendizaje de las cláusulas relativas, para poder afirmar con certeza que el niño viene equipado con una ontología universal de objetos. Desde que el ser humano nace lo hace en un entorno lingüístico y la influencia de este mecanismo de comunicación en los primeros meses de vida es todavía altamente incierta.<sup>60</sup>

## **6. Conclusiones**

A lo largo de este trabajo uno de los objetivos perseguidos ha sido mostrar la extrema coherencia sistémica de la filosofía de Quine. En los primeros apartados se han tratado de mostrar algunas nociones fundamentales de su filosofía para poder alcanzar inmediatamente después una mayor comprensión de sus tesis principales. Todo ello se ha hecho en aras de aprehender el porqué de su concepción en torno a la relatividad lingüística.

El hecho de que la filosofía de Quine esté impregnada de conductismo lleva a Quine a atribuirle al plano comunicativo una importancia central en el lenguaje. También, el hecho de defender una epistemología naturalizada le lleva a rechazar mecanismos innatos sin ulterior explicación. Dado que todo lo que es pertinente acerca del lenguaje es lo que podemos observar

---

<sup>60</sup> Como he mencionado antes, los experimentos, aunque sí interesantes, no me parecen del todo concluyentes. Creo que es posible especular sobre el tema, incluso tener una cierta evidencia que apoye la ontología universal, pero aún no puede decirse que la cuestión esté completamente decidida.

públicamente, será únicamente lo externo lo relevante para la lingüística. El lenguaje es un arte social.

Es por esta concepción del lenguaje que llega a plantear una ontogénesis de la referencia en la que el niño principalmente no manifiesta una ontología universal. Además de ser un fervoroso defensor del pluralismo, el hecho de que el lenguaje se aprenda de manera condicionada a través de estímulos conductuales lleva coherentemente a rechazar que el lenguaje sea algo innato. Y dado que la ontología depende de la teoría en la que se encuentre inserto el hablante (y, por tanto, de la lengua en la que se formula la teoría), no es posible imaginar una ontología prelingüística que sea universal e independiente del aprendizaje lingüístico. Estas conclusiones desembocan en una fuerte defensa de la relatividad lingüística que se encuentra en perfecta armonía con su sistema filosófico. Cada lengua determina la ontología a su manera y, por tanto, lo que *pensamos* que existe.

Este trabajo ha permitido aclarar la postura que adopta Quine en torno al asunto de cómo el lenguaje determina el pensamiento. Dado que Quine nunca dedicó ninguna de sus obras específica y completamente a la relatividad lingüística, su posicionamiento al respecto ha de leerse en las diferentes afirmaciones que hace en relación con otros temas que se encuentran estrechamente conectados con el del vínculo entre lenguaje y pensamiento. Finalmente, creo que a la luz del análisis realizado es posible afirmar que para Quine el pensamiento se moldea completamente por el lenguaje. Pero ni siquiera por el lenguaje en general en tanto que seres humanos, sino que cada lengua y su teoría organizan la mente humana de una manera distinta. El hecho de que para que aparezcan los objetos en la ontología del niño Quine considere necesario que haya una diferencia lingüística (sintáctica) es una evidencia de ello. También lo es el hecho de que la referencia aparezca íntegramente con el aprendizaje de la cláusula relativa.

Las fuertes implicaciones de la filosofía de Quine a este respecto distan de ser olvidadas. Autores como los que hemos tratado en el apartado anterior (y muchos más) han centrado sus experimentos en intentar dilucidar si realmente un whorfismo fuerte (del tinte de Quine) es

plausible o es necesario adoptar otra postura. Si bien es cierto que los experimentos se vuelcan hacia la existencia de una ontología universal, los resultados obtenidos en ellos no parecen ser del todo concluyentes. Como ya hemos subrayado, es necesario ver si la influencia del lenguaje comienza a coger fuerza desde el nacimiento del niño o si, por el contrario, no existe una clara afección hasta que no empieza a hablar.<sup>61</sup> Además, aunque la evidencia parezca decantarse por la hipótesis de la ontología universal, algunos experimentos (Carey, 1994) han mostrado que Quine no está tan equivocado, ya que en un plano más específico que el de distinguir objetos de sustancias el niño no es capaz de establecer distinciones. Es decir, el niño no vendría equipado ontológicamente con nada más concreto que una mera distinción sustancia-objeto.

Por otro lado, aunque la postura de Quine permite recordar la importancia que tiene el plano comunicativo del lenguaje y abrir los ojos ante una hegemonía chomskiana que desdeña lo explícito, parece más conveniente adoptar un posicionamiento algo más moderado. Me muestro a favor de esta postura, en el sentido de que evolutivamente cabe afirmar que el desarrollo del lenguaje en el ser humano guarda relación con necesidades comunicativas que se fueron imponiendo y complicando cada vez más. Tal y como defiende Quine, no parece descabellado admitir una aptitud lingüística innata, ya que los seres humanos tenemos un apartado fonador que posibilita el lenguaje articulado y probablemente tengamos incorporado en el cerebro algún módulo o similar que proporcione las condiciones para desarrollar el lenguaje. Sin embargo, conviene no perder de vista el hecho de que evolutivamente nuestros antepasados no tenían esta aptitud y que muchos animales íntimamente emparentados con el ser humano tampoco cuentan con ella. La explicación que, desde mi punto de vista, parece más

---

<sup>61</sup> Sin responder previamente a esta cuestión es difícil considerar los experimentos mencionados como concluyentes. El hecho de que el comienzo de la influencia del lenguaje en el niño sea incierto deja muchos asuntos abiertos.



adecuada es la de que una necesidad comunicativa dio paso al desarrollo de la capacidad lingüística humana<sup>62</sup>. Y por ello la comunicación no puede relegarse a un segundo plano.

Sin embargo, aun considerando que la comunicación sea el sujeto principal del análisis del lenguaje, es cierto que reconocer una total determinación del lenguaje por el pensamiento *alla* Quine parece completamente desmedido. El debate puede volver a librarse mediante la comparación con otras especies. Los animales, que no poseen lenguaje articulado, parecen tener ciertos pensamientos. Quizá, y como veíamos con la propuesta de Cacchione et al. (2014), el lenguaje influya en el pensamiento de segundo orden, en los contextos más altos, como en el plano reflexivo o de razonamiento, pero parece innegable admitir contextos de pensamiento más profundos, de primer orden, que los animales poseen y que no reciben influencia del lenguaje tal y como lo entendemos. Por ello, la propuesta de estos autores, en la que la relación pensamiento-lenguaje es bidireccional y no totalmente determinante, resulta bastante atractiva. Está claro que, aunque Quine plante un modelo filosófico sumamente coherente y lúcido, existe una necesidad de moderar su postura en vista de los avances que se han ido logrando en el campo tanto de las ciencias como en la filosofía.

Por último, me gustaría hacer referencia a un asunto que tratamos al final del apartado §5.2. Durante todo el trabajo he tratado a Quine y a Chomsky como defensores de corrientes completamente opuestas, a saber, la whorfiana y la generativista respectivamente. Como ya he señalado, a lo largo de la investigación realizada para comprender sus debates he podido observar que realmente no son tan incompatibles como puede parecer a primera vista. La posibilidad de compatibilizar ambas posturas se lograría por medio de la aceptación (por parte de los chomskianos) de que distintas lenguas puedan dar paso a diferentes desarrollos del módulo lingüístico innato y, por tanto, de que distintas lenguas puedan afectar al pensamiento a su manera. Si los chomskianos, sin necesidad de renegar por completo del universalismo ni del

---

<sup>62</sup> De hecho, los animales, aunque no lenguaje articulado, sí que cuentan con sistemas particulares de comunicación y aquí precisamente lo comunicativo juega el papel principal.

innatismo, aceptasen esta premisa, sus posturas no se encontrarían tan alejadas de las whorfianas, como puede parecer en principio.

Este trabajo me ha servido para aclarar enormemente la postura filosófica de Quine en general, y en concreto sus tesis sobre relatividad lingüística. Es cierto que parece ser partidario de un determinismo lingüístico radical y que existe una necesidad de moderar su postura. Sin embargo, tras plantearme la conciliación que puede tener lugar entre chomskianos y whorfianos tal y como la he trazado más arriba, considero que la incompatibilidad de sus posturas no es tanta como se puede pensar. Quine es capaz de reconocer una aptitud lingüística innata que, dada la falta de detalle por parte del autor, puede tratarse de algo relacionado con un módulo lingüístico innato. Donde más diferirían por tanto es en cómo afecta posteriormente al nacimiento cada lengua al pensamiento. Si los chomskianos estuviesen dispuestos a ceder en el sentido que indico aquí, el problema entre ambas posturas también podría disolverse. Además, encuentro el hecho de que Quine resalte la importancia del papel comunicativo muy significativo, ya que la tradición generativista tiende a perder de vista el porqué del origen de este bien tan valioso que nos ha proporcionado la evolución.

Es posible que la respuesta a la pregunta por la relación entre lenguaje y pensamiento se encuentre en una síntesis de las dos tradiciones. Puede que no se trate de elegir entre generativismo o relatividad. Quine nunca fue un gran amigo de las dicotomías. Quizá sería sabio seguir su ejemplo.

## **7. Bibliografía**

Allen, S. R. (2010). Can Theoretical Undetermination support the Indeterminacy of Translation? Revisiting Quine's 'Real Ground'. *Philosophy*, 85(331), 67-90.

Bergström, L. (2004). Underdetermination of Physical Theory en R. Gibson (ed.), *The Cambridge Companion to Quine*. Cambridge University Press.

- Cacchione, T. et al. (2014). Universal Ontology: Attentive tracking of objects and substances across languages and over development. *International Journal of Behavioral Development*, 38(6), 481–486.
- Carey, S. (1994). Does learning a language require the child to reconceptualize the world? *Lingua*, 92, 143-167.
- Carnap, R. (1937). *The Logical Syntax of Language*. Versión expandida de la original de 1934 en alemán. Traducción al inglés de A. Smeaton. Kegan Paul, Tranch, Trubner & Co.
- Carnap, R. (1950). Empiricism, Semantics, and Ontology. *Revue Internationale de Philosophie*, 4, 20-40.
- Chomsky, N. (1968). Quine's empirical assumptions. *Synthese*, 19(1/2), 53-68.
- Chomsky, N. (1975). *Reflections on language*. Pantheon Books.
- Chomsky, N. (1980). *Rules and Representations*. Columbia University Press.
- Davidson, D. (1990): The Structure and Content of Truth. *Journal of Philosophy*, 87(6), 279-328.
- Ebbs, G. (2017). *Carnap, Quine, and Putnam on Methods of Inquiry*. Cambridge University Press.
- Føllesdal, D. (1973). Indeterminacy of Translation and Under-Determination of the Theory of Nature. *Dialectica*, 27, 289-301.
- García Suárez, A. (1997). *Modos de significar*. Tecnos.
- Gibson, R. F. (1988). *Enlightened Empiricism. An Examination of W. V. Quine's Theory of Knowledge*. University Presses of Florida.
- Gibson, R. F. (1998). Translation, Physics, and Facts of Matter en L. E. Hahn y P. A. Shilpp (eds.), *The philosophy of W. V. Quine. Expanded Edition* (pp. 139-154). Open Court Publishing Company.
- Gibson, R. F. (2004). *Quine's Behaviorism cum Empiricism* en R. F. Gibson (ed.), *The Cambridge Companion to Quine* (pp. 181-199). Cambridge University Press.
- Gordon, p. (1988). Count/mass category acquisition: Distributional distinctions in children's speech. *Journal of Child Language*, 15(1), 109-128.
- Hylton, P. (2007). *Quine*. Routledge.

- Imai, I. y Gentner, D. (1997). A cross-linguistic study of early word meaning: universal ontology and linguistic influence. *Cognition*, 62, 169-200.
- Imai, I. y Mazuka, R. (2003). Reevaluating Linguistic Relativity: Language-Specific Categories and the Role of Universal Ontological Knowledge in the Construal of Individuation en D. Gentner y S. Goldin-Meadow (eds.), *Language in Mind: Advances in the issues of language and thought* (pp. 429-464). MIT Press.
- Imai, I. y Mazuka, R. (2007). Language-Relative Construal of Individuation Constrained by Universal Ontology: Revisiting Language Universals and Linguistic Relativity. *Cognitive Science*, 31(3), 385-413.
- Janssen-Lauret, F. (2019). Quine, Ontology, and Physicalism en R. Sinclair (ed.), *Science and Sensibilia by W.V. Quine* (pp. 181-204). Palgrave.
- Kirk, R. (2004). Indeterminacy of Translation en R. F. Gibson (ed.), *The Cambridge Companion to Quine* (pp. 151-180). Cambridge University Press.
- Moya, J. C. (2004). *Filosofía de la mente*. PUV.
- Neisser, U. (2014). *Cognitive Psychology*. Psychology Press, Classic Edition. Edición original en Appleton-Century-Crofts (1967).
- Neurath, O. (1983). Unified Science and Its Encyclopedia en R.S. Cohen y M. Neurath (eds), *Philosophical Papers 1913–1946. Vienna Circle Collection*, 16 (pp. 172-182). Springer.
- Passos Severo, R. (2008). “Plausible insofar as it is intelligible”: Quine on underdetermination. *Synthese*, 161, 141-165.
- Passos Severo, R. (2012). Confirmation Holism and Undetermination in Quine’s Thought. *Filosofía Unisinos*, 13(2), 96-113.
- Li, P., Dunham, Y. y Carey, S. (2009). Of substance: The nature of language effects on entity construal. *Cognitive Psychology*, 58(4), 487-524.
- Quine, W. V. (1953). *From a Logical Point of View*. Traducción de Manuel Sacristán (1984). Ediciones Orbis.

- Quine, W. V. (1960). *Word and Object*. Traducción de Manuel Sacristán (2001). Herder.
- Quine, W. V. (1968). Replies. *Synthese*, 19(1/2), 264-322.
- Quine, W. V. (1969). *Ontological Relativity and Other Essays*. Traducción de Manuel Garrido y Josep Ll. Blasco (1974). Tecnos.
- Quine, W. V. (1970). On the Reasons for Indeterminacy of Translation. *The Journal of Philosophy*, 67(6), 178-183.
- Quine, W. V. (1974a). Reflexiones metodológicas sobre la teoría lingüística actual en G. Harman (ed.), *On Noam Chomsky: Critical Essays*. Traducción de Violeta Demonte y Juan Carlos Moreno (1981). Alianza Editorial.
- Quine, W. V. (1974b). *The roots of Reference*. Traducción de Manuel Sacristán (1988). Alianza Editorial.
- Quine, W. V. (1975). On Empirically Equivalent Systems of the World. *Erkenntnis*, 9(3), 313-328.
- Quine, W. V. (1981). *Theories and things*. The Belknap Press of Harvard University Press.
- Quine, W. V. (1990). *Pursuit of Truth*. Traducción de Javier Rodríguez Alcázar (1992). Crítica.
- Quine, W. V. (1998). A reply to Hilary Putnam en L. E. Hahn y P. A. Shilpp (eds.), *The philosophy of W. V. Quine. Expanded Edition* (pp. 425-431). Open Court Publishing Company.
- Raatikainen, P. (2005). On How to Avoid the Indeterminacy of Translation. *The Southern Journal of Philosophy*, 43(2), 395-413.
- Rorty, R. (1972). Indeterminacy of Translation and of Truth. *Synthese*, 23(4), 443-462.
- Sapir, E. (1931). Conceptual categories in primitive languages. *Science*, 74, 562-578.
- Scheffler, I. y Chomsky, N. (1958-1959). What is said to be. *Proceedings of the Aristotelian Society*, 59(1), 71-82.
- Skinner, (1981). *Verbal Behavior*. Trillas S. A.
- Smith, B. C. (2013). Quine and Chomsky on the Ins and Outs of Language en G. Harman y E. Lepore (eds.), *In a Companion to W. V. Quine* (pp. 483-507). Blackwell.

- Soja, N. N., Carey, S. y Spelke, E. (1991). Ontological categories guide Young children's inductions of word meaning: Object terms and substance terms. *Cognition*, 38(2), 179-211.
- Tarski, A. (1983). The Concept of Truth in Formalized Languages, en A. Tarski, *Logic, Semantics, Meta-Mathematics: Papers from 1923 to 1938* (pp. 152-268). (Trad. J. H. Woodger). Hackett. (Trabajo original publicado en 1935).
- Thomas, J. (2019). Resolving Scheffler and Chomsky's Problems on Quine's Criterion of Ontological Commitments. *Journal of Indian Council of Philosophical Research*, 36, 229-245.
- Viñao, V. G. (2009). Análisis lógico-formal del lenguaje natural e interpretación. *Páginas de Filosofía*, 10(12), 144-168.
- Whorf, B. L. (1956). *Language, Thought and Reality*. MIT Press.
- Wilson, N. L. (1959). Substances without substrata. *Review of Metaphysics*, 12(4), 521-539.
- Wright, C. (1998). The indeterminacy of translation en B. Hale y C. Wright (eds.), *A Companion to the Philosophy of Language* (pp. 397-426). Blackwell.